

Ralph Barby

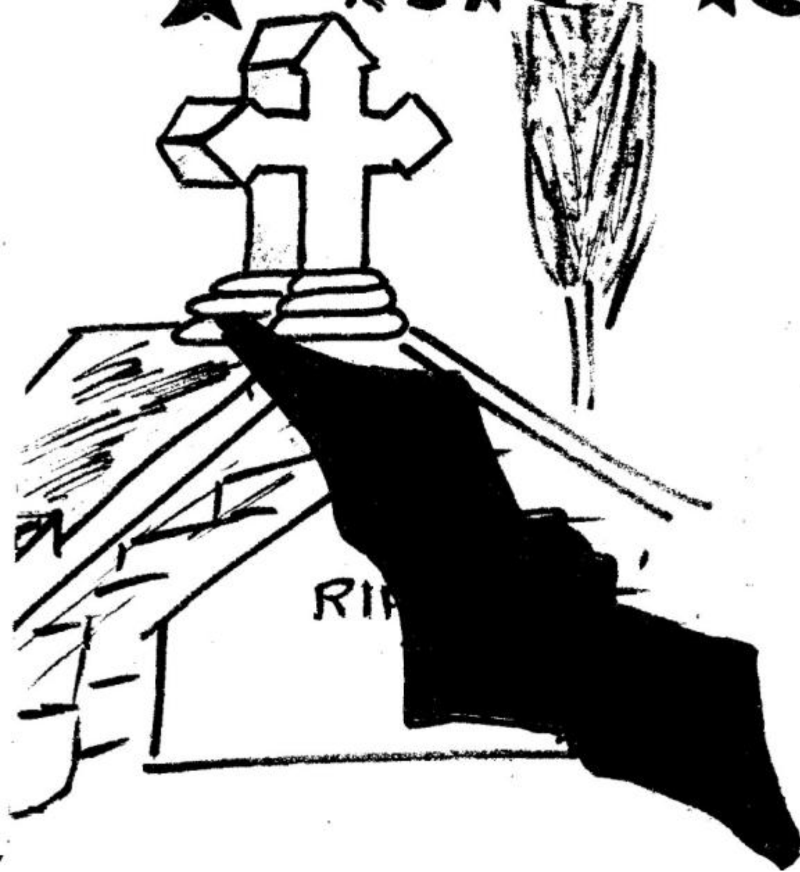
31

LOS GATOS DE CIRCE

TERROR

escalofríos de

TERROR



Si desea suscribirse a nuestras publicaciones, envíenos sus datos personales escritos muy claramente.

Importe 6 números OESTE: 540 Pts.
Importe 6 números TERROR: 600 Pts.

Pagos anticipados con giro postal a nombre de Ediciones Olimpic S.L., Apartado Correos nº 9428, 08080 Barcelona. (No cobramos gastos de envío dentro del territorio nacional)

Colección que desea recibir: ____________________
Nombre: ____________________
Domicilio: ____________________
Población: ____________________
Provincia: ____________________ D.P. __________

(Si desea recibir números anteriores, hágalo constar).

RALPH BARBY

LOS GATOS DE CIRCE

colección
Escalofríos TERROR nº 31



EDICIONES OLIMPIC S.L.
Apdº Correos nº 9428
08080 Barcelona

I.S.B.N: 84-7750-081-9
Depósito legal: M - l 129-1989

1.ª edición Ed. Olimpic: marzo 89
1.ª edición en América: septiembre 89

Imprime LITOPRINT-GIESA

Distribuye M.I.D.E.S.A.

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

La noche era cerrada y fría. Una niebla desgajada, hecha jirones, obligaba a los automovilistas que circulaban por la nacional-4 a encender sus faros antiniebla.

La ciudad de Nancy quedaba ya atrás, lejos en aquella prolongada cinta asfáltica, húmeda y negra como la misma noche.

Un cuidador de la autopista observó a Maurice Oyat con recelo. A los vigilantes les caían muy mal los sujetos que tomaban la autopista por una pista de carreras o acrobacias.

Maurice Oyat llevaba bien ajustado un cinturón de seguridad doble, de bandolera y cinturón, y el casco ocultándole el cráneo en su totalidad.

El vigilante de la autopista no dijo nada. Maurice Oyat, un hombre joven, de mirada segura y fría, estaba abandonando la nacional-4 para tomar una carretera comarcal, al sur de la autopista.

Ya no provocaría problemas dentro de la nacional-4, problemas que se agravarían en aquella noche húmeda y fría, donde la niebla se adueñaba de todo el horizonte que los faros, incansables, trataban de alcanzar.

Abandonó la carretera comarcal y se detuvo ante un camino viejo, casi abandonado. Allí, el asfalto había desaparecido en muchas de sus partes por invasión de las tierras arrastradas por las lluvias.

Nadie se había preocupado de mantener el firme de aquella carretera local, que quizá un día tuvo su razón de ser, pero que ahora apenas se utilizaba.

Se apeó del automóvil, un coche lujoso pero de serie.

Vestía un mono blanco con unas bandas amarillas a lo largo de piernas y brazos. El casco también era amarillo, para que pudiera verse desde lejos en caso de sufrir un accidente.

Quitó los capuchones de las válvulas de los neumáticos de la derecha, tanto en la rueda delantera como en la posterior.

Con un controlador de presión en la mano, bajó esta en ambas ruedas hasta 1,4. Finalizada esta operación, volvió a introducirse en el automóvil.

Se sujetó bien y taladró las tinieblas casi impenetrables de aquella olvidada carretera de la región de Alsacia, poniendo la luz intensiva en los potentes faros.

Colocó la primera marcha y dio gas al motor. El automóvil casi brincó hacia delante, saltando por encima de unos baches que habrían hecho recapacitar a más de un viajero sobre la conveniencia de retroceder y abandonar su intención de proseguir por aquella carretera local.

Pero Maurice Oyat siguió adelante, aumentando la velocidad, haciendo que el motor del coche roncara en la noche.

Se daba cuenta de que lo que estaba haciendo era una locura.

Conducir a tal velocidad por el infernal camino, en una noche fría, dominada por la niebla, era casi un suicidio. Si se accidentaba, nadie iba a socorrerlo, puesto que viajaba solo y era muy raro que circulara alguien por allí.

No obstante, debía seguir adelante si quería llevar a cabo sus propósitos.

El automóvil alcanzaba una velocidad endiablada, pese al deplorable estado del terreno y la diferencia de presión entre el lado derecho y el izquierdo, que hacía que el vehículo se inclinase peligrosamente, estando a punto de volcar en varias ocasiones.

—Kilómetro trescientos siete, mal estado, velocidad uno dos tres, revoluciones cuatro seiscientas —fue hablando en voz alta.

Un magnetófono a *cassette* iba grabando para que luego pudiera recopilar con exactitud todo lo ocurrido durante el viaje.

Maurice Oyat hacía su trabajo a conciencia y en profundidad. Preveía todos los detalles a su alcance, pero la maldita niebla, tras tornar una curva, le hizo salirse unos centímetros de la mal llamada carretera.

Allí había un largo socavón repleto de musgo resbaladizo, arraigado en el barro húmedo y hediondo.

El coche, lanzado a excesiva velocidad para el pésimo estado de la carretera, saltó por el aire tras dar un patinazo. Los faros taladraron el cielo para luego caer, como volcándose en la tierra.

Se escuchó un escalofriante chirriar de frenos.

Las ruedas se detuvieron pero no el automóvil, que con los neumáticos embarrados y por la ley de la inercia, fue a estrellarse por su lado derecho, casi circulando sobre dos ruedas junto a una verja de madera, hasta que encontró el pilón de tierra donde terminaba la madera y a la cual se sujetaba esta.

El golpe fue duro.

Unos cristales saltaron hechos pedazos, pero no fueron los del parabrisas, sino los del faro.

Por supuesto, aquel no era el primer accidente que tenía Maurice Oyat.

Se decía que el siguiente siempre podía ser el último, pero en aquella ocasión, podía contarlo.

Quitó el contacto y cerro el circuito eléctrico. Se quitó el cinturón de seguridad y con el extintor en una mano y la linterna en la otra, sacados rápidamente de un maletín que llevaba junto a él, se dispuso a examinar el motor, abriendo el capó con rapidez.

A la luz de la linterna, todo parecía bien, no había riesgo de incendio.

El motor olía fuerte debido al calor, superior al normal, en aquella marca y modelo, puesto que Maurice Oyat lo había sometido a un sobreesfuerzo.

Más tranquilizado, cerró el capó, el extintor ya no le hacía falta.

Con la linterna y siempre moviéndose entre la pegajosa y fría niebla, observó los destrozos del coche.

—Vaya, tendré que decir que el parachoques no es muy bueno, puro adorno.

El faro derecho aparecía totalmente destruido y el guardabarros, hundido. La rueda había reventado al ser cortada por algún hierro recogido en el camino.

—Maldita sea, tendré que cambiar la rueda y ya veremos cómo ha quedado la dirección. Lo malo es que la rueda ha quedado aprisionada por el guardabarros.

Trataba de ser un hombre autosuficiente Llevaba un buen maletín de herramientas, pero el guardabarros había quedado demasiado aplastado contra el neumático reventado y tendría que utilizar algo resistente en forma de palanca para separar el guardabarros de la rueda. Luego, ya podría quitarla y colocar otra en su lugar.

Si la dirección tenía una avería pequeña, trataría de componerla, lo importante era llegar a París, y París estaba muy lejos.

Por primera vez desde el momento en que se había estrellado con su automóvil, quedó quieto, sin moverse, y escuchó la noche.

La noche resultó extraordinariamente silenciosa, un silencio al que los oídos de Maurice Oyat, acostumbrado a vivir en París, no estaban habituados.

De pronto, un aullido largo, prolongado, quejumbroso, hirió el silencio.

—¿Un lobo? Qué raro, no sabía que por aquí hubiera lobos.

Al darse la vuelta, observó un débil y difuso resplandor que le hizo exclamar para sí:

—Menos mal, parece que no estoy solo. A lo mejor se trata de una granja. Si me prestan un pico, con él podré hacer palanca y devolveré, aunque sea el mínimo suficiente, el guardabarros a su posición primitiva y podré cambiar la rueda. Después, ya veremos qué tal zumba el coche.

Por unos momentos, no supo si estaba hablando en voz alta o *in mente*, lo cierto era que se escuchaba a sí mismo con una nítida claridad, como si su voz hubiera sido grabada en un magnetófono de precisión y dentro de una cámara anecoidea.

Miró hacia el lugar de donde provenía la luz. Aquello tenía que ser una casa que se hallaba al final de un camino no muy largo, bordeado en ambas márgenes por una espesa alameda.

Experimentó una extraña sensación de desasosiego. Él, por lo general, era un hombre alegre, aunque no tuviera que ponerse a silbar después de haber sufrido un accidente automovilístico, en una noche fría y neblinosa, inmerso en una carretera solitaria de ínfimo orden, es decir, olvidada para todos los efectos oficiales.

No se había fracturado ningún hueso, nada le dolía, aunque sabía que al día siguiente notaría algunos dolores, propios de los tirones causados por el violento accidente.

En aquellos momentos, nada le dolía, pero le desagradaba estar allí.

Hacía frío olía mal y en mitad de la noche alsaciana, se sentía como polluelo salido del cascarón antes de tiempo; quizá mamá gallina iba a premiarle con un picotazo en la cabeza por haberse mostrado demasiado impetuoso.

Casi instintivamente, tomó un destornillador y se lo metió en la manga del mono que terminaba en un elástico, ciñéndolo a las muñecas.

Abriéndose paso entre la niebla densa, anduvo por el camino bordeado de árboles.

Volvió a oír el aullido de la bestia que debía de andar por aquellos solitarios bosques.

Llegó frente a una casa de piedra que debía de ser grande, aunque la niebla le impedía observar cómo era en realidad, pese a la luz de la linterna.

La puerta era sólida y estaba cerrada...

La luz que había visto provenía de una ventana baja; una cortina impedía ver lo que había al otro lado de la misma.

El haz de luz de la linterna le descubrió unas letras grabadas en la piedra, sobre el dintel de la puerta.

—La Chatte Sauvage[1]. Parece una casa pública, pero demasiado

apartada del mundo civilizado.

Como la luz indicaba que aquella casa estaba habitada, se dispuso a llamar con un aldabón de bronce que había en la puerta y que observó era una garra de felino. Sujetaba algo más o menos ovoide y que era el objeto que producía el ruido de llamada al golpear contra el bronce en forma de circulo sujeto a la madera.

Antes de tomar aquella garra de bronce, frío y oscuro, tuvo la impresión de que la puerta no se hallaba cerrada.

Si allí había alguien, forzosamente tenía que haber oído el accidente del coche contra la valla.

La gruesa y pesada puerta de madera, con refuerzos y remaches en bronce, gimió quejumbrosa al ceder. Era ancha y de una sola hoja. El dintel era recto y horizontal, un dintel sólido construido con una sola piedra granítica, húmeda y oscurecida en unos lugares más que en otros. En aquel dintel estaba cincelado el nombre del lugar.

A todas luces, lo que apareció ante su vista, escasamente iluminado, era un lugar público. Podía ser un antiguo o típico mesón.

Había algunas mesas, sillas, todo siguiendo un estilo austero y pesado. A la derecha se encontraba el largo mostrador, también de gruesa madera, y tras este, toneles y botellas, pero ante su vista no había nadie.

—¿Hay alguien en la casa? —preguntó en voz alta.

Nadie respondió y avanzó hacia el mostrador.

Allí, lo mismo que en las mesas, no había señales que fuera utilizado por nadie; sin embargo, el recinto olía fuerte y mal.

Unos ruidos llamaron su atención y entonces se encaró con unos toneles que se hallaban al otro lado del mostrador, colocados horizontalmente.

Aquellos toneles tendrían una capacidad de veinte o veinticinco galones, quizá treinta. Era difícil averiguarlo, pues no se podía ver su profundidad.

Lo que destacaba en ellos era que en vez de tapas, en las bases que quedaban frontales debido a su colocación, había rejillas a modo de jaulas, aunque un tercio de dichas rejillas, precisamente el tercio inferior, estaba tapado, como formando un cajón para comederos.

Como en aquel punto la luz era exigua, Maurice Oyat enfocó el haz de su linterna al interior de uno de los toneles. Casi de inmediato se escuchó un «fuuuu» propio de un gato con el pelo erizado.

Vio brillar los ojos del felino enfurecido, que dentro del tonel que le servía de jaula tenía el espinazo combado.

Pasó el haz de luz a los otros toneles y comprobó que había varios de ellos llenos.

Comprendió el mal olor que su olfato captaba; debía de ser el orín y los excrementos de aquellos animales enjaulados dentro de los toneles colocados allí, a la vista de los posibles clientes que Maurice supuso debían de ser pocos, no solo por la deficiente carretera, sino por lo siniestro y maloliente del local.

No le gustaron aquellos gatos; todos eran negros y nada pacíficos. Pensó que uno de aquellos bichos sueltos podía lastimar a quién tratara de acercársele; no transpiraban placidez precisamente.

—¿Le place verlos saltar furiosos?

Ante aquella voz inesperada y lógica a un tiempo, pues la luz indicaba que allí tenía que vivir alguien, se volvió sobre sí mismo.

Al fondo había una escalera y en ella descubrió a una mujer alta, delgada pero bien torneada por la naturaleza.

Vestía una túnica negra; tenía los cabellos morenos y si no rabiosamente joven, sí parecía una mujer entre los veinticinco y los treinta años, aunque resultaba difícil precisarlo.

Lo que más caracterizaba aquella hermosa mujer era su parecido en líneas a un gato, a una hermosa gata, sensual y atractiva.

—Hola, creía que no iba a encontrar a nadie —sabido Maurice—. Bueno, he tenido un accidente contra la valla y el pilón de piedra. Mi auto está algo averiado.

—Pues aquí no va a encontrar quien se lo arregle. El taller más próximo está en Vaucouleurs.

—Conozco la población, no es la primera vez que paso por esta maldita carretera, pero sí es la primera que me estrello aquí. La culpa la ha tenido la niebla y me he salido de la calzada. He encontrado barro y he chocado contra la valla. Puede hacer un presupuesto y se lo presentaré a la compañía de seguros, lo que no le garantizo es cuándo va a poder cobrar.

—No se preocupe, no hay prisa. En La Chatte Sauvage, el tiempo no corre.

—Vaya, eso suena a música celestial para alguien que vive en París como yo, bueno, no sé si es música celestial o música de cementerio. Por cierto, esto es un establecimiento, ¿verdad?

—Taberna y posada.

—Ya me lo parecía, pues no va a hacer mucho negocio. Está muy apartado y solitario este lugar.

—Así es —aceptó la mujer.

Pasó por detrás del mostrador y preparó una jarra de loza, preguntando:

—¿Cerveza o vino?

—Cerveza, me ha cogido sed pese al frío. ¿Podrá prestarme un pico?

—¿Un pico?

—Sí, de esos de cavar —explicó con gestos elocuentes.

—¿Quiere cavar una fosa?

—¿Una fosa? Aún no estoy muerto.

—Dice que se ha estrellado con su coche y podía haber llevado algún acompañante. Aseguran que el compañero es el primero que suele morir en los choques.

—Es cierto, pero yo viajaba solo y si hubiera muerto alguien a mi lado, no iba a enterrarlo yo con mis propias manos.

—Quién sabe.

Llenó la jarra de una espesa cerveza negra y la espuma se desparramó por los bordes del recipiente, que tenía más de origen germánico que de francés.

—Debo de ser el único cliente. ¿Me equivoco?

—No, el único en toda la semana. A veces, los domingos, algún padre con su familia, se acerca por aquí, pero no suelen volver.

—Será por esos gatos, tienen cara de pocos amigos. Esto no se parece a un acuario con peces de colores o jaulas con pajaritos cantores. Es diferente, no parecen amistosos y si no se ofende, le diré que huelen bastante mal.

Tras aquello, el hombre comenzó a beber la cerveza, mirando a la mujer que era sensual y paradójicamente fría.

Tenía unos grandes ojos y estos carecían de pestañas. El arco de las cejas era hermoso, pero la ausencia de pestañas le daba un aspecto todavía más felino.

—Son gatos monteses, muy especiales. Fíjese en la cresta de pelo que tienen en el lomo, no se pueden domesticar. Son fieros y difíciles de cuidar. Son los gatos que ya, desde muy antiguo, dieron nombre a esta taberna y posada.

—Pues si se desprendiera de ellos o pusiera a un par disecados, probablemente tendría más clientes.

Ella sonrió, mostrando unos dientes finos, blancos y afilados, por entre los labios de color rojo oscuro.

—Eso no sucederá nunca. Son mis gatos y me hacen compañía. Cuando

me siento decaída, aburrida, me distraigo con ellos.

Sacó una taza y vertió leche en ella. Sacó luego una especie de botella, tan oscura que parecía negra; la agitó y comenzó a verter parte de su contenido en la taza que fue enrojeciendo.

—¿Echa vino a la leche?

—No es vino, es sangre.

—¿Sangre mezclada con leche? —repitió Maurice Oyat, dejando su jarra de cerveza sobre el mostrador, como si se le hubiera pasado la sed súbitamente.

—No olvide que son salvajes y carnívoros.

Estiró de uno de los comederos y viendo cómo las garras de uno de los felinos trataban de alcanzarla, aquella mujer puso la taza en el comedero y lo empujó colocándolo en su lugar habitual.

De inmediato, el animal comenzó a sorber ávidamente aquel alimento líquido que le habían preparado.

—¿De veras vive sola con sus gatos en este paraje?

—Sí. ¿Acaso piensa aprovechar la situación?

—¿Aprovechar la situación, qué quiere decir? —preguntó perplejo.

—No sé, por la mente de los hombres pasan muchas acciones repugnantes. A lo peor está pensando en cómo violarme o me está imaginando sin esta túnica que es lo único que cubre mi cuerpo.

—Vamos, dígame cuánto le debo por la cerveza y présteme un pico, solo quiero evitar que el guardabarros aplastado de mi coche presione contra la rueda. Luego, me marcho.

Ella le miró intensamente. Maurice sostuvo la mirada de aquellos ojos verdosos y la mujer preguntó despacio:

—¿Se ha molestado por lo que he dicho?

—¡Oh, no! es usted muy libre de pensar o temer lo que quiera, para eso está aquí sola con sus gatos, pero yo no voy buscando caminos solitarios para violar a mujeres indefensas, solo estaba probando un coche de serie, eso es todo.

—¿Probando un coche de serie? La verdad, con ese casco y el mono, no parece un hombre que haya salido de una *boîte*.

—La verdad es que no. Escribo para una revista deportiva, pruebo coches y luego doy mi opinión acerca de ellos.

—¿Periodista o piloto de carreras?

—Ni lo uno ni lo otro, ingeniero.

—Pero me ha dicho que escribe en una revista —objetó ella,

preparando otra taza de leche mezclada con sangre, que producía unas extrañas rayas, como si la leche blanca se negara a mezclarse con aquella sangre oscura.

A medida que la veía mejor, a Maurice Oyat le parecía más espesa y con grumos que no se disolverían hasta hallarse en la lengua rasposa de los gatos monteses.

—Soy ingeniero, pero no sirvo para estar encerrado en una empresa, de modo que me he buscado mi propio trabajo. Colaboro con una revista deportiva y pruebo coches. Son coches de serie, uno al mes, no más.

—¿Y se dedica a estrellarlos? Vi un reportaje que lo que hacían era chocar con ellos y luego ardían. Los pilotos eran muy arriesgados.

—Sí, hay colegas que hacen ese trabajo, pero no es el mío. Verá, las fábricas ceden por la mitad de su precio de coste un coche a la revista para la cual yo colaboro. La revista paga la otra mitad del precio del automóvil y yo lo pruebo en velocidad, resistencia, etcétera, hasta forzar todos los máximos. Hay ocasiones, como esta noche, en que el coche, «bannng», se rompe —se encogió de hombros—. Qué le vamos a hacer, son gajes del oficio.

—¿Y no piensa que puede matarse?

—Son cosas que pueden suceder. Es un trabajo arriesgado y que nadie me ha pedido que haga, por lo tanto, si me la «pego», será cuenta mía. Lo que evito en estas pruebas es dañar a alguien, por ello elijo carreteras solitarias como esta.

—Recuerdo que, en ocasiones, he oído pasar algún coche a gran velocidad. Aquí, los ruidos se oyen claramente y un coche por una carretera mala, produce bastante ruido si quiere ir aprisa.

Puso la segunda taza a otro de los felinos.

A Maurice le repugnaba ver la sangre cruda mezclada con leche y más en medio del hedor a orín y excrementos al que la mujer parecía estar acostumbrada. Se le pasaron las ganas de seguir bebiendo aquella cerveza amarga y caliente.

Se volvió y observó fotografías y recortes de revistas pegadas a las paredes. En ellos se veía a un hombre en diversas poses, un hombre al que reconoció en el acto.

—Vaya, si es Antoine Rolage. ¿Es usted *fan* de ese actor?

La mujer sonrió levemente. En vez de responder, preguntó:

—¿Le parece un buen actor?

—La verdad es que no. Es un actor que ha salido en varias ocasiones en

Play-Boy, le gusta aparecer en revistas. Es muy afectado y mi opinión es que es muy mediocre como intérprete.

—Pese a su opinión, tiene mucho éxito.

—Eso ya es algo más discutible. Reconozco que es un sujeto que tiene «ángel», eso sucede a músicos, literatos, actores. En fin, en todas las profesiones hay individuos mediocres pero que no se sabe por qué razón tienen más éxito y trabajo que otros con más talento. Quizá a esos que tienen talento, poco éxito y apenas trabajo, les falta algo: empuje, publicidad, vaya usted a saber. Esos otros con «ángel» poseen cierta garra dentro de su mediocridad. Sobre todo, eso sucede a menudo con cantantes y seguirá ocurriendo, porque la vida es así. Hay genios, hay talentos, hay zorros y oportunistas y otros que, simplemente, sin que ellos se den cuenta, caen en gracia y a veces se hacen ricos en su profesión que, paradójicamente, a veces aborrecen.

—¿Y usted con qué opinión se queda respecto a Glauco?

—¿Glauco?

La mujer de cara gatuna sonrió para disimular y rectificó:

—Quiero decir sobre Antoine Rolage.

—No sé, dicen que es muy mujeriego, esa es parte de sus éxitos. No estoy metido en los ambientes mundanos. Voy al Olympia, a algunas fiestas, lo admito, pero creo haber oído comentar que alguna mujer importante debe de protegerle, pues de lo contrario, algunos contratos le habrían sido cancelados y otros no los habría conseguido.

—¿De modo que eso piensa sobre Antoine Rolage, que le protege una mujer?

—No es lo que yo piense, es lo que se comenta en el mundillo artístico de París. A lo mejor, con mi opinión, la he molestado porque parece ser usted una de las fanes que tiene ese, para mí, empalagoso, azucarado y acartonado actor.

—Es usted muy duro con él.

—Me agrada ser sincero.

—¿Nunca miente?

—No suelo hacerlo, por ello la revista deportiva para la cual trabajo me paga bien. Los que leen mis opiniones sobre los coches se fían, por lo menos, así lo creo y la tirada de la revista es buena. No es vanidad, pero se me lee y tiene en cuenta. Los datos que yo doy sobre los automóviles de serie son ciertos, comprobados meticulosamente. El comprador normal de un coche no puede someterlo a las mismas pruebas que yo, porque no desea

quedarse sin coche al primer mes de usarlo.

—Sus coches estarán trucados, ¿no? La casa que se los facilita debe de prepararlos para que resistan más.

—Yo escojo un coche al azar de la cadena de montaje. He de admitir que ese coche pasa un control de calidad mucho más riguroso, pero eso es válido, porque al fin y al cabo, todas las piezas que lleva el coche son de serie. Una cadena de montaje es algo sencillo y complejo a la vez. En mil coches, utilizando siempre las mismas remesas de piezas, puede salir un coche perfecto del que el usuario saldrá satisfecho, y a otro vehículo, dentro de esos mil, le ocurrirá todo lo contrario. Exteriormente, el coche será exacto, pero mejor podrían llevarlo ya al desguace, al chatarrero, porque todo comenzará a fallar. El sufrido usuario no se cansará de echar pestes de aquella marca y modelo mientras otro comprador dirá todo lo contrario. Pero yo, por mi condición de ingeniero, paso por alto las averías propias de piezas aisladas y observo las de conjunto. No obstante, cuando observo que alguna pieza falla, obtengo varias piezas de la misma calidad y modelo y las cambio para insistir en ello, comprobando así que se trata de un defecto despreciable y no de fondo que pueda perjudicar al usuario medio del automóvil que yo pongo a prueba para general información.

—¿Nunca han tratado de comprarle?

—No, nunca lo han intentado. Creo que se nota en la cara de un hombre si está dispuesto a venderse.

—Se tiene a sí mismo en muy alta estima.

—Quizá sí sea algo vanidoso y un tanto soberbio, pero no es que me acoja a estos defectos, lo que trato es de ser sincero y por mucho dinero que me ofrecieran, no escribiría diciendo que un automóvil me parece bueno cuando compruebo que está rematadamente mal ideado y construido. Por cierto, ahí veo un retrato suyo. El pintor, sin duda alguna, es muy bueno.

Maurice Oyat se quedó encarado con un gran óleo que pendía de una pared principal, situada al fondo de la taberna propiamente dicha.

En el lienzo, bastante oscuro, predominaban los negros, los morados, el verde y algo de amarillo en los ojos de la mujer allí pintada que no acabó de gustar a Maurice.

—Se equivoca. Ese retrato fue pintado en el medioevo y de entonces acá, ha llovido mucho. ¿No cree?

—Vamos, vamos, ya sé que algunos pintores son verdaderos artistas en la técnica de envejecer sus pinturas para hacerlas pasar como antiguas y obtener así mejores precios cuando no estafar a los incautos compradores.

—Podrá usted creerlo o no, pero ese retrato es del medioevo. No puedo precisar la fecha exacta, pero tiene siglos y cualquier experto se lo podría confirmar.

Maurice apartó la mirada del cuadro y se quedó mirando a la mujer.

—Parece que lo dice de veras, pero yo juraría que es un retrato actual de usted, o más o menos manipulado para encajar en el estilo general de este lugar.

—Pues no apueste por lo que cree, perdería. Ya ve que yo también puedo ser sincera.

En aquel instante, un enorme y viejo reloj de carillón comenzó a desgranar unas sonoras y profundas campanadas que en aquella casa solitaria debían de oírse en todas partes.

De inmediato, los gatos monteses encerrados en los toneles que eran sus jaulas, comenzaron a saltar enfurecidos, maullando de una forma espeluznante, sobrecogedora.

Era como si todos los felinos hubieran enloquecido bruscamente.

—¿Qué demonios les pasa? —gritó Maurice para hacerse oír entre aquellos penetrantes maullidos.

—Mire el reloj.

Maurice Oyat obedeció y entonces vio la hora.

—Las doce...

CAPÍTULO II

Había nevado ligeramente en la atardecida de París; sin embargo, solo en jardines y en los pocos lugares donde la tierra no había sido cubierta por la piedra o el asfalto se conservaba la nívea blancura de la nieve.

El suelo estaba húmedo y resbaladizo; más de un automovilista había utilizado aprisa los frenos para no tener algún pequeño choque.

Debajo de la chaqueta, Maurice Oyat vestía un jersey blanco de cuello alto, de este modo se ahorraba la tradicional y burguesa corbata.

Detuvo su coche frente a la acera y lo enfrentó a la puerta de hierro, vigilada por un portero provisto de grueso abrigo, gorra de plato y una sonrisa más servil que amable.

Junto a la verja, una chica con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina parecía estar pasando frío.

El portero le invitó a detenerse.

Bajando el cristal de la portezuela, Maurice Oyat le mostró el tarjetón de invitado, al propio tiempo que abría la otra puerta y hacía una seña a la chica para que subiera al auto.

La joven dudó un instante, pero luego pasó rápidamente al interior del coche.

El portero comenzó a protestar.

—*Monsieur* Oyat, esta joven...

Maurice no tenía ganas de discutir algo en lo que no tenía razón y sí la tenía el portero. Por ello, pisó el acelerador y aun yendo en primera marcha, como dio mucho gas, el vehículo brincó hacia delante.

El portero comenzó a despotricar, pero como tras Maurice Oyat venía otro coche, tuvo que volver a sonreír para dedicarle su atención.

Se le había colado una desconocida en la mansión de sus patronos. La situación, al fin y al cabo, no era muy grave; lo malo hubiera sido que entrara un anarquista con un maletín repleto de carga plástica con detonador incorporado.

La chica, aparte de su bella y estilizada anatomía, no parecía llevar mucho más debajo de la gabardina.

Maurice no habló hasta detener el coche en la zona de parking que ya estaba casi repleta de lujosos automóviles, propiedad de cuantos habían

asistido a la presentación privada de un *best-seller* escrito por un premio Goncourt, del cual Maurice no recordaba el nombre.

Faltaba ver si el supuesto *best-seller* se había vendido bien en las librerías o no, pero se comentaba que la novela iba a ser llevada a la pantalla y por consiguiente, la presentación privada se transformaba en una presentación con todo el festejo y la orla de luces, brillantes y lentejuelas del mundo artístico de la Ville Lumiére.

Era una magnífica ocasión para beber *whisky* y champaña, no vino de Burdeos, Borgoña o anisados; todo ello quedaba relegado al mundo de los momios de Montecarlo que se aferraban a un tiempo ya caduco, buscando una paz y un sosiego que habían pasado a mejor vida tras el progresivo aumento del nivel de vida y la masificación de los automóviles.

—Bien, ya estás dentro. ¿Puedo ayudarte en algo más?

—¿Por qué lo has hecho?

—Supongo que porque todos merecemos una oportunidad. Seguro que estás buscando esa oportunidad, ¿me equivoco?

Ella denegó con la cabeza, sonriendo sin despegar los labios, simplemente distendiendo las comisuras.

—Quiero ser actriz.

—Bueno ¿qué más da? Unas quieren ser actrices, otras modelos, otras cantantes... ¿A quién deseas conocer personalmente?

—A Antoine Rolage.

—Vaya, vaya, al final sí tendré que admitir que ese Rolage es irresistible.

La joven se puso seria, más no perdió un ápice de su fresca hermosura. Apenas habría dejado atrás la adolescencia, pero parecía bastante segura de sí misma y de sus propósitos.

Evidentemente, la observación de Maurice Oyat la había molestado.

—No busco al conquistador. Antoine Rolage es cabeza de cartelera de una importante compañía teatral. Sé que en estos momentos se ha producido una baja en su compañía. Por lo visto, una de las jóvenes actrices de la compañía se ha marchado, según se ha comentado entre bastidores.

—A los cuales tú acudirás con asiduidad, buscando la oportunidad.

—Así es. Pertenezco a un grupo teatral universitario. Bueno, a los que hacemos esta clase de teatro poco comercial, muy profundo, se nos mira como a la lepra cuando pisamos las tablas de un teatro comercial. Solo pretendo demostrar que sirvo para el teatro y que además de la profundidad se puede conseguir buena taquilla.

—Bien, bien, eso se lo contarás a Antoine Rolage, no a mí. Yo no soy actor ni tengo nada que ver con el teatro.

—¿Eres cantante? No te conozco.

—Seguramente porque no lees las revistas deportivas.

—¿Deportista?

—Probador de coches, ingeniero y periodista. Bueno, es difícil concretar lo que yo soy. Cualquier día me pongo a escribir y me presento al Goncourt.

—Eres muy simpático. La verdad es que he pensado que aquí encontraría un ambiente adecuado para pedirle a Antoine Rolage la plaza vacante que ahora interpreta interinamente alguien que, y no es por criticar, todos opinan que lo hace bastante mal. Es una actriz caduca que no encaja en el papel, le sobran años y peso.

—Si el personaje ha de ser hermoso, joven, grácil y atrayente, seguro que te va ese papel.

—Me temo que sí tendrás que ponerte a escribir. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Maurice.

—Prometo leerte en la revista.

—En ese caso, te la regalaré para que no tengas derecho a criticarme. Si te compras un coche y quieres un buen consejo, búscame, te lo daré. Ahora, vamos dentro.

—¿Me dejarán pasar? Creo que hay otro portero.

—Tú ven conmigo y yo te haré pasar, lo que no sé es si conseguirás lo que deseas. En este mundillo en el que quieres sumergirte hay muchas palabras, besos, abrazos y promesas falsas. Por cierto, el personaje de la obra que interpreta Antoine Rolage no tendrá que hacer nudismo, ¿verdad?

—No soy una «striptera», quiero ser actriz.

—Solo era una pregunta. ¿Por quién tengo que pedir para que me den una butaca gratis en el teatro? Ya sabes, los periodistas, reporteros, actores, etcétera, pertenecemos a esa familia que no quiere pagar cuando presencia un espectáculo.

—Si lo consigo, pregunta por Eve Vert.

—Bien, Eve, tienes el nombre de mujer por antonomasia. Tú acércate a mí y yo trataré de introducirte en la fiesta. Podrás tomar un poco de champaña y algo de caviar que te dirán que es ruso y seguro que lo han comprado en algún saldo, a saber si ha salido de un almacén de la pasada guerra mundial, pero mientras lo tomen, todos dirán que es inmejorable,

aunque al día siguiente tengan urticaria.

—Eres muy simpático, Maurice —dijo ella espontánea.

Y le estampó un beso en los labios, tan rápido y fugaz, que él no tuvo tiempo de saborearlo.

Como supuso que se lo había dado por agradecimiento y simpatía, no exigió la continuación de la caricia y se apearon del automóvil.

—¡Qué frío hace! —se estremeció la muchacha—. Tú, sin gabardina, ¿no lo notas?

—Es cierto, hace frío, pero por lo visto soy animal de sangre muy caliente.

Pasó la mano por el espinazo femenino y se lo frotó con fuerza y amigabilidad, sin doble intención. Ella se rio y comentó:

—Basta, basta, que me limas el espinazo. Ya no tengo frío.

—Pues, adelante.

Hizo que ella se colgara de su brazo. Puso la tarjeta de invitación ante los ojos del segundo portero y cuando este abría la boca para decir algo, no lo consiguió, puesto que entre los dientes, a modo de tapón y no como soborno, Maurice Oyat le puso un cigarro habano, al tiempo que decía:

—Cuando venga mi segundo fotógrafo de prensa, lo haces pasar; también es una chica.

Cuando el desconcertado portero comprendió lo que acababan de decirle, la pareja ya estaba en la sala.

Eve Vert dejó su gabardina y el hombre, lo mismo que otros que estaban cerca, observó que la joven vestía un jersey verde claro, algo largo, pues le llegaba hasta las ingles, pero solo eso, un jersey.

Unas medias con estampados en verde, muy atractivas, completaban el conjunto.

Eve se soltó entonces la caballera rubia, abundante, y quedó convertida en ese bombón que los hombres siempre sueñan con saborear lentamente en la soledad de una alcoba.

—Aquí hay muchas caras conocidas —comentó Eve—. Es cierto, muchas caras conocidas de la televisión, el cine, teatro, periodismo, etcétera. Si poseyera el valor acumulado de todas las letras protestadas que ellos tienen, sería millonario por el resto de mis días.

—¿Tan mal les va?

—No, no creo que les vaya tan mal, es que se empeñan en demostrar que les va fabuloso, eso es lo malo. Por cierto, que he venido aquí por asunto de negocios.

—¿Cómo periodista deportivo?

—Dos tipos conocidos se han comprado coche nuevo; uno un «Rolls Royce» de segunda mano y el otro, un veterano «Hispano Suiza» para fanfarronear en esas carreras de coches antiguos. Los dos quieren que pruebe los autos para decirles en qué estado se hallan en realidad y los valorice. Lo que pagarán luego es asunto suyo. Yo daré mi opinión y les pasaré la minuta, claro que ya sé que luego me pedirán que les saque una fotografía en la revista para la cual escribo.

—¿Y lo harás?

—Qué remedio.

—Mira, allí está Antoine Rolage. ¿Me ayudas?

—Creo que te bastas a ti misma. Estás como un *bulldozer*, nadie puede detenerte, todo lo contrario, estás demoledora. Si llegas a quitarte la gabardina delante del portero, seguro que hubieras pasado la entrada.

—Si me llego a quitar la gabardina, hubiera pasado mucho frío. Esta lana tiene muchos agujeritos y el aire frío de la noche se filtra por ellos.

—¡Quién fuera aire!

—Hum, todos los hombres sois iguales, aunque os quejéis de los que tienen fama de mujeriegos como Antoine Rolage.

Antoine Rolage estaba acompañado de otras dos personas: un hombre bajo, macizo, con aires germánicos, y una mujer que usaba gruesas lentillas. Como no era excesivamente guapa, podía suponerse que era una secretaria eficiente y de las que no hacían horas extras al final de la jornada.

Maurice Oyat dedujo que aquel hombre macizo debería de estar «pescando» en aquel ambiente festivo de la presentación del *best-seller*.

—Buenas noches, Glauco —le saludó, metiéndose descaradamente en el grupo, acompañado de Eve Vert.

Antoine Rolage se lo quedó mirando fijamente.

—¿Cómo ha dicho?

—Glauco. Así me dijo una posadera alsaciana que le llamaba a usted, Rolage.

—¿Una de sus muchas conquistas, Antoine? —preguntó el sujeto grueso y macizo, deseando mostrarse gracioso pero sin serlo.

Hablaba francés correctamente, pero con un fuerte acento alemán, quizá por haber vivido mucho tiempo en Alemania o Austria.

—Disculpe, pero no le conozco.

—Escribo en la revista deportiva...

—No me interesa el deporte —le atajó.

—Pues bien que anuncia raquetas de tenis —objetó la mujer de las gruesas lentillas.

—Eso es negocio, *madame* Lafont, negocio y no deporte. Su esposo lo comprende así, ¿me equivoco, *monsieur* Lafont?

—Vaya, ¿usted es el autor del *best-seller El árbol de cristal*? —inquirió Maurice Oyat.

—Sí, soy yo. ¿Le ha gustado mi libro?

—Verá, todavía no lo he terminado, lo tengo en mi mesita de noche. Le van a llevar a la pantalla, ¿verdad?

—De eso estábamos hablando *monsieur* Lafont y yo —dijo Antoine Rolage.

—Sí, mi novela se llevará a la pantalla grande, un promotor americano se encarga del asunto. Será un filme muy importante, hecho con muchos dólares, ya saben, gran cantidad de figurantes y escenas de la guerra. Del guion me ocuparé yo mismo y habrá un buen plantel de estrellas que fulgurarán en todas las marquesinas de los cinemas más importantes del mundo —dijo con una suficiencia solo comparable a la del pavo real desplegando las plumas de su cola en época de celo.

—Sé que el promotor americano ha terminado accediendo a que usted escoja los actores que van a participar en la película, por eso quería proponerle...

—Ahora no hablemos, querido Rolage, no hablemos —le cortó Lafont con su fuerte francés de acento germánico—. Esta es la presentación de la tercera edición de *El árbol de cristal* en París. Estrellas, estrellas importantes, que conozcan su trabajo y hagan que el público acuda a las taquillas en tropel, ya sabe, como Marlon Brando o Robert Redford, en fin, para qué enumerar, eso es lo que necesito para mi película.

—Pero *monsieur* Lafont, siendo usted francés y la novela un premio Goncourt, en alguno de los principales papeles deberá de haber un actor francés. Hay que ser patriotas —insistió Rolage.

—Mi obra es universal, Rolage. No puedo ser chauvinista en estos momentos.

—Es que yo conozco bien su obra, me siento compenetrado con uno de sus personajes...

—Ya hablaremos, Rolage, ya hablaremos. Vamos, querida, creo que por aquel lado hay unos periodistas británicos que quieren fotografiarme...

Y se alejó del lado de Rolage.

En aquel momento, se les acercaron unos reporteros gráficos y les

tomaron unas fotografías.

Antoine Rolage tenía el cabello casi albino, cuidadosamente peinado. Maurice Oyat estaba seguro de que, además, se había hecho estirar la piel del rostro en un quirófano de cirugía estética y ahora, frente a las cámaras de retratar, sonreía acarameladamente.

—¡Eh, Rolage! ¿Es su nueva conquista? —le preguntó uno de los reporteros mientras colocaba su objetivo frente a Eve.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Ese bombón que está a su lado.

—*Monsieur* Rolage, sé que Nataly ha desaparecido y tiene un papel vacante que yo puedo ocupar...

—¿Eh?

La miró de pronto, con mucha atención, puesto que Lafont y su esposa (a la que Maurice había tomado en principio por una secretaria) se habían alejado.

—¿Y qué garantías puedo tener de que eres una buena actriz? ¿Dónde has actuado? No te conozco a fondo para desgracia mía, claro.

—¡Eh, Rolage! ¿la sacamos en algún reportaje a su lado?

De pronto, sorpresivamente para ella, Eve Vert se vio fotografiada desde varios ángulos. Incluso, le pidieron:

—¿Puedes cruzar las piernas, encanto? Levanta una ligeramente, ya sabes, queda más sexy.

Eve sonrió e hizo caso al fotógrafo, hasta el punto que ella juzgó oportuno.

—¿No puede ser un poco más? —pidieron otros dos reporteros que hacían relampaguear sus flashes.

—Lo siento, muchacho, el telón no sube más.

—Enhorabuena, querida, eres una chica que llama la atención —la felicitó Antoine Rolage—. Sin que nadie te presente, te llevas a los fotógrafos de prensa por delante. Ahora ya no podré evitar que en algunas revistas salgas a mi lado. Incluso, van a escribir que tenemos un hijo en las Bahamas o cosas por el estilo, ya sabes.

—¡Dios mío, qué barbaridad, un hijo y todo! —se rio Eve, sinceramente—. Sí que tienen imaginación.

—Hay que vender. Por cierto, ¿dónde decías que has trabajado?

—En teatro universitario.

—Nadie lo diría. No tienes cara fúnebre ni los cabellos llenos de ceniza —miró a Maurice Oyat y preguntó—: ¿Usted es su...?

—No soy su... —respondió Maurice, dando a sus palabras la misma entonación significativa que Rolage.

—Entonces, al final de la fiesta nos veremos. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Eve, Eve Vert.

—De acuerdo, Eve, te someteré a una prueba. Si lo haces bien, reemplazarás a Nataly, la muy *cochon*, nos ha dejado plantados. Cualquiera sabe si está haciendo meditación trascendental en la India o panza al sol en Ibiza.

—Yo había leído en alguna parte que Nataly frecuentaba los lugares de diversión en su compañía.

—Puaf, las revistas mundanas siempre andan diciendo chismes sobre uno. ¡Hay que ser condescendientes con los muchachos de la prensa! —suspiró—. Ahora, disculpen, tengo que charlar con *monsieur* Lafont. Es un buen escritor, pero algo duro de sesera. No hay forma de convencerle de que todos los franceses somos hermanos y que nadie mejor que yo para interpretar el *rôle* de...

Se alejó sin dejar de hablar y ya no le entendieron.

—Mira que es fatuo el tipo ese —rezongó Maurice Oyat.

—No te cae nada bien, ¿eh?

—¿Qué quieres que te diga? Para mí es un actor mediocre. Aunque ese escritor sea tan pavo real como Rolage, si le da un papel en la película de *El árbol de cristal*, ya es seguro que no iré a verla.

—Será todo lo mediocre que quieras, pero tiene trabajo y público y ya me gustaría a mí coger esa plaza vacante que hay en su compañía, aunque luego, con un poquito más de nombre, ya pueda buscar mis contratos en otra parte.

—¿Y vas a consentir que ese tipo engomado y fatuo te haga pasar por su amante?

—No. Si algún periodista se pasa de la raya, lo demandaré. Lo que no te he dicho es que estudio Derecho en la universidad, tampoco se lo he contado a Rolage.

—Has hecho bien, lo hubieras asustado.

—¿Y a ti no?

—No, ¿por qué habría de asustarme? Las prefiero inteligentes.

—¿Siempre?

—Sí. Si son muy feas, queda el recurso de apagar la luz. Lo que no podría soportar es una muñeca bonita pero estúpida. Soy de los que opinan

que entre el hombre y la mujer ha de haber mucho más que sexo simplemente.

Eve se lo quedó mirando con mucho interés Parecía haberse olvidado del resto de la fiesta, de aquel mundillo de fotógrafos y vanidades.

—Maurice, tienes algo casi idéntico que Antoine Rolage.

—¡No fastidies! —exclamó con sinceridad.

—El color azul claro de los ojos, glauco... —bajó la voz y añadió—: Ve y arregla tus negocios, yo tomaré champaña mientras. Luego, si quieres llevarme a alguna *boîte*, te prometo no ser cretina.

—¡*Voilá*, eso me gusta! ¿No vas a quedarte a esperar a Rolage?

—No. Le he pedido un empleo y a cambio le daré arte, pero solo en el escenario. Creo que el amor es para ofrecer, no para vender o cambiar.

—Eve, me gustas, sí señor, me gustas. No eres como la alsaciana.

—¿La alsaciana, esa mujer que dice conocer a Rolage?

—Sí, una gata. Parece una bruja, pero es bella de verdad.

—Por lo que deduzco, no la consideras idiota.

—No, no lo es, pero hay algo en ella que repele, que no satisface. En fin, olvidémosla.

—Aguarda —le pidió, cogiéndole por el brazo—. ¿Te has acostado con ella?

—¿No crees que eso es un pistoletazo y no una pregunta?

—No es necesario que respondas nada más —sonrió—. El día que un hombre sea mío y me haga «muuuu» con otra, no me iré a Saint-Tropez para que se me pase el disgusto.

—¿Ah, no, qué harás?

—Prácticas de apendicectomía a lo vivo, con el manual sujeto a un atril... Y el manual será uno de esos fascículos a todo color que venden semanalmente en los quioscos.

—Uf, menos mal, me has tranquilado.

—¿Por qué?

—Hace dos años participé en una expedición a la Antártida y me tuve que extirpar ya el apéndice, es obligatorio, como vacunarse contra la viruela o el cólera si se viaja a Asia. Ve burbujeándote con champaña, que arreglo mis asuntos y enseguida estoy contigo.

CAPÍTULO III

Aquella barra de acero negro se parecía a un atizador y terminaba en una especie de doble gancho no muy curvo.

La mujer había introducido aquella especie de gancho de dos puntas en el interior de uno de los toneles-jaula, abriendo ligeramente la puerta y colocando luego la rejilla, de forma que no se podía abrir desde el interior del tonel.

La bestia joven, elástica, retrocedió hasta topar con el fondo del tonel.

Allí, mostró su miedo, su furor. Los pelos largos, casi en cresta, del espinazo, se le erizaron y mostró las uñas descapsuladas con las que trató de evitar que el garfio se le acercara.

La expresión de la bestia era de auténtico terror ante el acero que se le aproximaba, manejado por una mano protegida con un guante grueso, muy grueso, contra el que sus garras nada podían.

El felino, que era hembra, comenzó a saltar de un lado a otro en su encierro, maullando desesperadamente pero sin posibilidad alguna de que nadie le ayudara ante la sádica tortura que se le avecinaba.

El rostro de la mujer estaba al otro lado de las rejas, sonriendo, viéndola revolcarse de pánico. No tenía prisa, todo el tiempo era de ella.

La mujer parecía experta en el manejo de aquellos gatos salvajes enjaulados.

Y cuando la gata montesa se detuvo algo, jadeante, el gancho se movió de tal forma y con tanta habilidad que las dos puntas de acero atraparon el cuello del animal que quedó apresado.

La mujer jaló del largo hierro y la cabeza de la gata salvaje quedó casi aplastada contra las rejillas.

Las puntas del gancho también quedaron entre las rejas, de forma que a la gata le era imposible zafarse de aquella especie de cepo, pues ni su cuerpo ni su cabeza cabían por entre la abertura del doble gancho que había cazado su garganta.

Una de las patas del felino se filtró por entre, las rejas y en su rebeldía y terror, pues maullaba de forma espeluznante, intentó alcanzar el rostro de la mujer.

Más, esta se hallaba a una distancia calculada y soltó una carcajada que

encontró eco entre las piedras y las viejas maderas de la posada secular de La Chatte Sauvage.

Un «Citroën» tiburón, último modelo, se detuvo frente a la gruesa puerta de madera.

Había nieve por algunos rincones de la fachada. Aún no había oscurecido pero faltaba poco. El atardecer era plomizo, gélido y desagradable.

Por la noche podía caer aguanieve o alzarse una niebla envolvente, tenaz y asfixiante.

Antoine Rolage se puso el cigarrillo emboquillado entre los labios y le prendió fuego antes de salir del coche. Parecía pensativo y preocupado.

Escuchó el largo y terrorífico maullido y volvió su cabeza hacia la puerta. Luego, abandonó el auto y se dirigió hacia ella.

Abrió despacio, no queriendo estorbar.

Escuchó claramente aquel canturreo quejumbroso, un canturreo que semejaba una invocadora letanía satánica mientras el felino maullaba de dolor y pánico.

Sobre el mostrador había una bandeja de barro esmaltado con símbolos cabalísticos y en su centro, una gruesa vela roja encendida. Junto a la larga y esbelta llama, había un soporte sobre el cual se apoyaban horizontales unas agujas largas con cabezas de azabache para poderlas coger mejor.

Las puntas de aquellas agujas quedaban sobre la llama que las calentaba.

La mujer tomó una de las largas agujas cuya punta estaba roja, sin dejar de canturrear algo que nadie más que ella entendía, pues ni el propio Rolage, que la había oído en varias ocasiones, había llegado a descifrarlo.

La gata, con la cabeza aplastada contra las rejas, trataba inútilmente de escapar.

Y en una de las ocasiones en que abrió la boca, la aguja candente, al rojo, le cazó la lengua, atravesándosela.

El animal maulló más enfurecido, sin poder escapar a la tortura, mientras se elevaba un humillo que olía a carne quemada.

Le dejó la aguja atravesada sin que la bestia pudiera soltarse, pues las propias rejas de la puerta del tonel jaula impedían que pasara al interior de la misma.

—¡Ya está bien, Circe! ¿Por qué te complaces en torturar a esas pobres bestias? Si alguien te ve haciende eso, te denunciara y puede que te encierren en un manicomio.

—Glauco, mi amado Glauco... Últimamente me tienes muy abandonada. Seguro que vienes no a verme, sino a pedirme favores.

—¿Por qué no le quitas esa horrible aguja al gato y que deje de maullar? ¡No lo soporto, al final tendré que creer que sí eres una bruja!

—¿Una bruja?

Se echó a reír con malignidad. Señalando a la bestia cuya cabeza sujetaba con el garfio y a la que podía vérsele la lengua atravesada por la aguja, sin poder desprenderse de ella, puntualizó:

—No es un gato, Glauco, es una gata.

—¿Y qué más da? No me gustan tus gatos salvajes, esos toneles jaula ni que me llames Glauco.

—No te gustan tantas cosas, mi amado Glauco, pero estás aquí. Mira, Glauco...

Tomó otra aguja con la punta candente y la clavó por uno de los orificios de la nariz del felino.

—¡Basta de torturas!

—No te enfurezcas, ya sabes que luego terminarás suplicándome, gateando por el suelo, implorando mis favores. Sabes que solo yo, tu Circe, puede protegerte y lo hago porque te amo, Glauco. ¡Ah, la gata es nueva!

—No me digas que vas por esos bosques capturando gatos salvajes para encerrarlos en esos toneles.

—No, no voy por los bosques; sé dónde capturarlos cuando me interesa. Esta gata, por ejemplo, se llama Nataly.

El hombre frunció el ceño, al tiempo que tenía dificultades para tragar saliva.

—¿Nataly?

—Sí. ¿No te gusta Nataly?

—Bueno, Nataly ha desaparecido.

—Pues ya la has encontrado.

—¿Por qué, por qué quieres hacerme creer esa monstruosidad?

—No pienso hacértela creer, Glauco, eres tú quien ya la crees. ¿Por qué, si no, vienes a pedirme favores que yo te consigo?

—Dame algo fuerte de beber, por favor —pidió con voz ahogada—. No quiero saber nada de esas brujerías que haces, sean verdaderas o falsas. Ya te lo dije un día, me desagradan.

—Tú solo quieres resultados, mi amado Glauco, solo resultados. No quieres degollar y desollar el cordero, pero si comer su carne.

Circe quitó las agujas que había clavado a la gata en puntos no vitales

de su cabeza, que podían proporcionarle horribles dolores pero no matarla.

Circe estaba muy lejos de desear que aquella gata a la que llamaba Nataly muriera, dejando vacío el tonel jaula.

Después de librarla de las agujas, la soltó del garfio que la sujetaba por el cuello, aplastándole la cabeza contra las rejas.

La gata, tras lanzar una mirada suplicante a Antoine Rolage, el cual no pudo soportar aquella fugaz pero intensa mirada del animal, volvió la cabeza y se refugió en el fondo del tonel, maullando lastimeramente, raspándose la herida de la nariz con sus patas que humedecía con su lengua torturada.

—¿No escuchas cómo llora Nataly? —preguntó Circe, riéndose mientras sacaba una botella de color escarlata y preparaba dos vasos que situó en la mesa en la que se hallaba Rolage. Escanció la bebida y encarándose con el hombre, inquirió—: ¿Qué es lo que has venido a pedirme?

Antoine Rolage tomó el vaso y bebió. Aquella bebida no se la servían en parte alguna. Era un licor desconocido pero fuerte, que le hacía latir el corazón más aprisa y enervaba su masculinidad.

Suponía que contenía alguna extraña droga, quizá desconocida por los químicos y farmacéuticos, pero que Circe debía de conocer muy bien, pues era aficionada a aquella bebida.

Tras beber lo que le habían servido, se sintió más fuerte.

Alargó sus manos por encima de la mesa y procurando no oír los gemidos, el llanto de la gata Nataly, tomó las manos largas, blancoazuladas, de Circe. Unas manos frías, hermosas y malignas a un tiempo. Manos hábiles que torturaban sin piedad a aquellos pobres gatos encerrados en los toneles de la posada.

—Circe, se está gestando la producción de una gran película, es una coproducción internacional. Es la obra de un escritor francés llamado Lafont que obtuvo el premio Goncourt por otra novela. Tiene fama, pero es un tipo insoportable.

—No tiembles, Glauco y sigue, sigue mientras yo te miro a los ojos, pero recuerda, dime siempre la verdad, porque de lo contrario, algún día, en uno de esos toneles que ahora están vacíos, tendré a un gato salvaje llamado Antoine, o quizá le llame Rolage.

El actor sintió un frío intenso en su columna vertebral. Como si sus piernas perdieran fuerza, como si se algodonaran de inmediato, no pudo escapar al poder de los ojos verdosos de Circe.

Aquellos ojos grandes, felinos, sin pestañas, lo hipnotizaban. Unos ojos que, al mirarlos, se sentía uno atraído por ellos y ya no veía nada más. Era como si en el mundo solo existieran aquel par de grandes y felinos ojos verdes.

—¿Y por qué no llamarle Glauco? —preguntó Rolage, tratando de bromea, ante aquella amenaza que casi era una sentencia.

—Porque Glauco siempre existirá. Glauco no puede desaparecer, es el hombre al que yo elijo, pero ya conoces la frase: «El rey ha muerto, viva el rey».

—Oye, no habrás conocido a otro, ¿verdad? Ahora caigo... Un tipo, un periodista, me habló de ti. Me contó que había estado aquí y que tú le habías hablado de mí.

—Sí, aquí estuvo un hombre llamado Maurice. Su coche chocó contra la valla que linda con la carretera y luego con el pilón de granito.

—Pudo matarse.

—Lo dices como si desearas que se hubiera matado —objetó Circe, sin apartar sus manos de las de él, que se las oprimía nerviosamente, con ansiedad.

Rolage recordó que la hermosa chica rubia llamada Eve no le había esperado en la fiesta y se había marchado con el arrogante Maurice Oyat.

—Bueno, solo te estoy diciendo que él me contó que había estado aquí, no recuerdo que mencionara ningún accidente de carretera.

—Es un hombre excepcional, arriesgado, no teme a la muerte. Es duro, sarcástico, fuerte, arrogante y carece de miedo. Prueba coches y juega con su vida. Creo que le presté alguna herramienta del establo con la que comenzó a golpear el coche hasta que dejó el guardabarros de forma que pudo cambiar la rueda y luego se marchó.

—¿Se marchó, no...?

—¿No, qué?

—Ya sabes, Circe, tú estás sola aquí y si dices que tiene tantas cosas buenas como has enumerado...

Circe se rio ligeramente, tratando de retenerlo con su mirada.

—¿Celoso?

A la mente de Antoine Rolage acudió la imagen de Eve Vert, joven, atractiva, con una belleza pura e ingenua a la vez. Con sinceridad, al tiempo que temía que su mente fuera leída telepáticamente, asintió:

—Sí.

—Mi amado Glauco, mi pobrecito Glauco. No debes de temer —hizo

una pausa intencionada y cogió la cara del hombre entre sus manos. Este sintió las uñas más que las yemas de los dedos— por ahora... Él también tiene los ojos glaucos, como tú.

—No somos los únicos en el mundo.

—Claro que no, por eso no te conviene olvidarlo. Ahora, dime, ¿qué es lo que deseas pedirme?

—Hay un personaje que me interesa en el reparto de *El árbol de cristal*, ya sabes, esa obra que van a llevar al cine. Es el *rôle* de Jean, un francés. Bueno, todo es una porquería, son verdaderas sabandijas y quieren dar el papel de Jean a un americano. ¿Tú lo entiendes? Es francés y quieren que lo interprete un americano, simplemente porque su nombre es conocido.

—Tu nombre también es conocido. ¿Por qué no solicitas ese papel para ti?

—No es tan fácil, Circe, me han encasillado en el teatro, no quieren dejarme entrar en el cine. Mi nombre pasaría de un conocimiento nacional a una valorización internacional. Será una gran película, todos lo comentan. Se proyectará en todas las pantallas del mundo. Se lo he pedido al terco de Lafont y el muy estúpido no me ha hecho maldito el caso. Es un engreído, un soberbio inaguantable, un traidor a Francia. Se ha vendido a los dólares.

—Y tú has venido a verme para que yo le pida ese *rôle* para ti. ¿No es cierto, mi amado Glauco?

—Le tengo citado esta noche en un coquetón restaurante de París. Le he dicho que tenía unos amigos periodistas ingleses. Su mujer se ha marchado esta misma mañana a Montecarlo. Ayer fue la presentación de su libro con la noticia de que sería llevado a la pantalla, pero todavía no se han hecho públicos los nombres de los actores y actrices. Aún estoy a tiempo. Él duerme solo en el hotel.

—¿Cómo es su mujer, hermosa?

—Un tipo de su vanidad y soberbia, no podría soportar tener a su lado a una mujer hermosa a la que miraran más que a él. Pretende ser el eje del mundo.

—Como tú, Glauco, como tú.

—Bah, no bromees, esto es en serio. Estoy seguro de que ese escritor se rendirá a tus encantos, jamás nadie se te ha resistido. Si le pides el *rôle* para mí, te lo concederá, tú sabrás cómo pedírselo, pero habrás de tener cuidado, es un sujeto receloso, no querrá caer en ninguna trampa.

—Yo no te digo a ti cómo debes de interpretar, Glauco. No me gustas porque seas actor, eres un hombre que atrae a las mujeres o mejor, atraías.

Te estás haciendo viejo, pero me gusta que te cuides, que te hayas hecho quitar esas arrugas del rostro, esas bolsas de los ojos por tantas noches sin dormir, por tanto alcohol ingerido. Sí, debes de cuidarte, Glauco. De lo contrario, algún día dejaré de protegerte y sin mí, no eres nada. Ya lo dijo Maurice.

—¿Maurice? ¿Le contaste algo?

—No, no temas. Fue él quien me dijo a mí que no comprendía cómo te mantenías sobre las tablas, siendo un actor tan mediocre.

—¡Maldita sea su estampa y la perra que lo trajo al mundo!

Tras la furiosa maldición, se escucharon mejor los gemidos de queja y miedo de la gata Nataly, que seguía tratando de mitigar el dolor de las heridas causadas por los alfilerazos candentes y malignos, hechos en el extraño ceremonial de Circe.

—A mí no me importa si eres bueno o no sobre la escena, Glauco, a mí me interesas tú. Ahora, cerraré bien la posada, me arreglaré un poco y podrás llevarme a cenar con ese escritor. No te preocupes el *rôle* de ¿cómo has dicho que se llama el personaje?

—Jean, es el protagonista. Bueno, hay varios protagonistas, pero es el que está más tiempo en pantalla. Ya me imagino rodeado de grandes actores y actrices, será mi triunfo mundial y definitivo, mi verdadera consagración. Un buen actor de teatro como yo, puede dar mucho de sí en el cine, basta recordar a Laurence Olivier, Alec Guinness, Vittorio Gassman y otros pocos genios más que le han demostrado.

—Bien, Glauco, tú interpretarás a Jean. Ah, ya sabes cuál es la jarra de la leche y la botella de la sangre, prepárale algo a Nataly, le irá bien.

Soplando la gruesa vela roja, la apagó y las largas agujas comenzaron a enfriarse.

Circe desapareció por el fondo de la taberna y Antoine se puso en pie.

No le gustaba acercarse a las jaulas de los gatos. Le molestaba el olor a orín, a excrementos, a gatos encerrados de los que si se descuidaba podía recibir un zarpazo.

Pero en aquellos momentos no le convenía contrariar a Circe, cuando ella estaba dispuesta a ayudarle a conseguir lo que ni él mismo ni su representante habían logrado: el *rôle* de Jean en *El árbol de cristal*.

Preparó el tazón. Puso la leche y luego tomó con repugnancia la botella de la sangre.

La agitó y vertió el líquido rojo oscuro con algunos grumos, no cuajado del todo, ya que Circe debía de verter algo dentro de la botella para que la

sangre no se coagulara.

Mezcló la sangre con la leche, sintiendo náuseas y luego jaló del cajoncito que había debajo de las rejas del tonel. Puso la taza en su interior y regresó el cajón a su posición normal.

La gata Nataly aulló lastimera. Salió del fondo, acercándose al tazón. Se inclinó sobre la bebida y metió la lengua en ella.

—Aunque ella me lo jure, yo no creo que sea Nataly —masculló Antoine.

Entonces, la gata levantó la cabeza y se lo quedó mirando fijamente, a través de las rejas. Estaban a muy corta distancia el rostro del hombre y el de la bestia silvestre allí enjaulada.

Y Antoine Rolage comenzó a sentir que sus manos sudaban copiosamente, mientras de los ojos de la gata resbalaban unas lágrimas, sin dejar de mirarle.

—¡Nataly, Nataly, no, Dios mío, no!

CAPÍTULO IV

Maurice Oyat contemplaba los ensayos que se llevaban a cabo en el escenario, sentado en una butaca medio sumido en la oscuridad de una platea desierta donde reinaba el silencio.

—¡No, no, no es así! —gritó Antoine Rolage, interrumpiendo la escena a voces y muy amanerado.

Todos se lo quedaron mirando y Eve Vert apretó los labios con algo de rabia, una rabia que sabía que tenía que tragarse, si quería salir adelante.

—¿Qué es lo que he hecho mal? —preguntó al fin.

—¡Daniel, díselo, vamos, díselo! —gritó al director de la obra que se estaba ensayando con la inclusión de Eve Vert sustituyendo a la desaparecida Nataly.

El director, barbado y con un jersey de cuello alto ocultándole el cuello hasta casi las orejas, se encogió de hombros.

—Si lo hace bastante bien —opinó.

—¿Bien? ¡Vamos, vamos, Daniel, le falta alma, alma! Si no lo hace mejor, tendremos que buscar a otra. Su interpretación tiene que convencerme a mí, de lo contrario no puedo sentirme a gusto en la escena.

—¿Por qué no quiere que yo interprete ese papel? —preguntó Eve abiertamente, con valentía.

Maurice la vio hermosa, desafiante.

Antoine Rolage se le acercó. La tomó por los hombros y como queriendo demostrar también mucha sinceridad, dijo:

—Claro que quiero que interpretes el papel de la obra, tienes gancho, eres bella.

—¿Y acaso no interpreto bien?

—Eres algo fría, tú ya me entiendes. Has de poner de tu parte lo necesario y el papel será tuyo. Menos frialdad... Díselo, Daniel, díselo, porque si no lo pone en escena como yo quiero, no se va a quedar con el papel. No podría aguantarla cada noche cerca de mí.

Eve volvió a apretar sus labios. Sabía muy bien lo que le estaba pidiendo Rolage.

—¿Es que tengo que hacerlo exactamente como Nataly?

—Exactamente.

—¿Y cómo lo hacía? Nataly no está aquí para que pueda emularla.

—Siendo menos fría. Vamos a representar la escena en que te beso. ¿Te parece bien, Daniel?

—Si tú consideras que es la escena en que falla...

—Eve, prepárate. Muchas jovencitas suspiran por ocupar tu lugar.

Eve protestó:

—Ese añadido del beso es innecesario.

Daniel, el director, ya bastante molesto y con ganas de macharse del teatro, objetó:

—Nataly interpretaba esa escena con mucho ardor.

—Yo sé que en el texto original del autor esta escena no es tal como han indicado en la anotación —insistió Eve.

Antoine replicó, cínico:

—Yo sé lo que es necesario, lo que interesa al público, por eso arreglé un poco esta escena. A veces, los autores piensan demasiado en sí mismos y poco en el público que acude al teatro a divertirse. Esta escena es buena, al público le gusta, de modo que seguirá dónde está. Estoy pensando que es demasiado papel para una debutante. Quieres ir demasiado aprisa, Eve. Si sigues mis consejos, en poco tiempo se hablará de ti, pero si no ¿crees que alguien, sin tener experiencia, te va a dar un papel tan importarte como el que estás tratando de obtener ahora?

—No es el de primera actriz —objetó ella.

—Es el papel de segunda actriz, ¿te parece poco? Admito que tienes belleza y temperamento, que si te lo propones superarás a Nataly, pero tienes que demostrarlo, ahora y después.

—¿Después, cuándo es después para usted, *monsieur* Rolage?

Él sonrió suficiente, para decir luego:

—Siempre hay un después, un mañana.

—Está bien, repetiremos la escena. Interpretaremos como exige, pero que quede bien claro que solo interpretaremos, nada más.

—Vamos, vamos, déjate de tonterías. Daniel, prepara la situación, ya sabes a qué escena me refiero.

Maurice Oyat se sintió a disgusto en su butaca. Era obvio que Antoine Rolage trataba de aprovecharse de Eve y su belleza.

El director, que tenía poca personalidad ante el carácter absorbente, dominante y divo de Antoine Rolage, situó la escena tal como le habían pedido.

Eve quedó junto a un sofá y comenzaron a representar.

Maurice observó cómo Antoine se acercaba a Eve, la tomaba por la cintura y buscaba ávidamente sus labios.

Eve sintió la boca de Antoine sobre la suya. No era ninguna mojigata, pero le desagradaba el beso de Antoine, un beso que él quiso prolongar excesivamente y ella se apartó.

—Si sigue por ese camino, los espectadores se van a creer que están en una *boîte cochon*, en vez de un teatro.

—Vamos, vamos, no seas tonta. Además, yo te escogeré las pantaletas para la escena y nada de *brassiére*. La escena superará a la que hacía Nataly, estoy seguro de ello, si tú sabes ponerte en tu lugar. Si deseas ser una buena actriz, debes de dejar tu propia personalidad en el perchero del camerino. En escena no serás Eve Vert, sino el personaje que interpretes.

Eve se puso roja, parecía que iba a explotar.

El director cerró los ojos, no queriendo ver lo que iba a ocurrir, cuando un nuevo personaje irrumpió en escena por la platea.

Hubiera podido decirse que era un corsario con patente británica, entrando por la rada de un puerto hispanoamericano, disparando cañonazos a diestro y siniestro, dispuesto a demoler cualquier fortaleza que se le pusiera por delante.

—¡Rolage! —bramó.

—Ah, si es usted, mi querido Lafont.

—¡Ni Lafont ni mierda!

—Por favor, Lafont, ¿un premio Goncourt como usted lanzando tacos?

—¡No soy ningún imbécil y no acepto el chantaje!

—¿Chantaje? Pero ¿de qué habla, Lafont? —inquirió Rolage como desconcertado desde el escenario, mientras el escritor se conservaba en la platea, muy cerca de la escalerilla que unía el escenario con el patio de butacas.

—¡Esa gata bruja con que ha tratado de chantajearme! Pero no soy ningún imbécil y si continúa molestándome, si vuelvo a ver a esa bruja cerca de mí, lo denunciaré a la policía.

—Por favor, Lafont, no se moleste conmigo. Yo no sé qué pudo ocurrirle, tuve que marcharme, ya sabe, solo le pedí que...

—¡Sabe perfectamente lo que preparó, pero conmigo no le sirve! —replicó el escritor, que conservada un fuerte acento germánico—. ¡Usted no tendrá ningún papel en el filme *El árbol de cristal*, ninguno, ni el de basurero! ¡Usted es un actor mediocre, un actor malo y no tiene cabida dentro de una obra buena, de modo que no emplee más argucias conmigo o

le pesará!

Antoine Rolage, que no estaba acostumbrado a ser humillado públicamente, perdió su calma y replicó al literato:

—¡Es usted un imbécil, un fatuo y una mierda tan grande como este teatro!

—¿Cómo ha dicho?

—¡Lo que ha oído, es usted todo eso, pero su obra va a ser filmada y les dirá a los americanos que ponen los dólares que me den a mí el papel de Jean! ¡Ese papel es mío y usted lo sabe!

—¡Jamás, eso jamás!

—¡Si no me da el papel, le pesará!

—¿Es una amenaza?

—Tómelo como quiera, Lafont.

—¡Ustedes, ustedes, todos son testigos de que me ha amenazado! ¡Presentaré una denuncia contra ese pavo real sin talento que se llama Antoine Rolage y que siempre que sale en una revista de gran tirada es porque ha pagado el reportaje!

—Es una grave acusación. En cuanto a usted, ¿de qué clase de amenazas va a denunciarme?

—Váyase con su bruja-gata al infierno, Rolage, a mí no me asusta. Me importa un bledo que acuda a misas negras y practique brujerías satánicas, de usted se puede esperar eso y más, porque ha de convencerse de que solo puede lograr algo interesante con brujerías o pagando. Por su talento nada va a conseguir, porque no lo tiene.

—¡Le voy a partir la cara! —bramó Antoine Rolage, perdido el control.

Rolage saltó, hacia la escalerilla. El escritor no pudo evitar retroceder un par de pasos. Él era recio pero pequeño, mucho más pequeño que Rolage.

Más el actor no tenía su día de suerte. Daniel quiso retenerle, cogiéndolo por la chaqueta y le hizo vacilar. Se fue de cabeza a la platea al perder pie en la escalera de madera.

—¡Oh, se ha matado! —exclamó una de las actrices de tercera fila.

—¡Yo no he sido, yo no he sido, no le he tocado, nadie puede decir que le haya tocado! Si él ha querido tirarse de cabeza al suelo, es cosa suya.

Lafont, antes de que le metieran en líos más graves, salió del teatro.

Maurice Oyat se acercó a Antoine y lo levantó en parte. El actor tenía una cicatriz en la frente, pero estaba bien.

—Llévenlo a un médico para que vea si los sesos siguen en su sitio.

—¡Se han terminado los ensayos por hoy! —gritó el director, rascándose la poblada barba.

Al ver a Rolage en el suelo, no pudo reprimir una sonrisa. Hacía tiempo que deseaba verlo en aquella posición.

—¡Eve!

—Sí, Maurice —respondió ella, grave.

—¿Qué te parece si vamos a un *snack* y tomamos unos bocadillos?

—Hay uno cerca, me parece bien. No tengo mucho apetito, pero con tal de salir de aquí.

Eve Vert pasó junto al caído Rolage, sin mirarlo siquiera.

Se cogió del brazo de Maurice y ambos abandonaron el teatro sin que el engolado, perfumado y caduco actor hubiera recobrado el conocimiento en su totalidad.

La suerte para su cráneo fue que el suelo estaba enmoquetado y solo se causó una herida contra una de las patas de las butacas de primera fila.

—¿Vas a interpretar el papel tal como exige Rolage?

—Por favor, Maurice, preferiría no hablar de eso. Estoy de muy mal humor. Ese tipo es inaguantable.

—Pues mira que el otro tampoco es una perita en dulce.

—Cómo os ponéis los hombres cuando obtenéis un poco de éxito.

—¿Crees que yo me comportaría de la misma forma?

Ella le miró y sonrió, mostrando sus dientes.

—Ya tengo un poco más de apetito.

Entraron en un *snack* que había en la misma calle donde se ubicaba el teatro, un local de grandes cristaleras y que olía bastante bien.

—Eh, mira, ese es Lafont —dijo Eve a Maurice.

—Vaya, parece que tiene hambre. No se conforma con una hamburguesa, ha pedido para tres. ¿Esperará a alguien?

—Solo tiene una gran jarra de cerveza.

—Aguarda, estoy intrigado.

—¿Por qué?

—Por algo que ha dicho Lafont en el teatro.

Cogió a Eve de la mano y ambos se acercaron a la mesa ocupada por el escritor.

—*Monsieur* Lafont, soy Maurice Oyat. Escribo en varias revistas y tuve el gusto de conocerle la noche de la presentación de su libro en París.

—Ah, sí, recuerdo a la señorita, ha salido en las revistas. Es usted muy hermosa. ¿Trabaja con ese cretino de Rolage?

—Todavía no estoy segura de si voy a aceptar el papel de esa obra o no.

—Si quiere un consejo, no lo acepte. Con ese tipo solo hará que hundirse, es un miserable.

—¿Espera a alguien? —le interrogó Maurice.

—¿Por qué lo pregunta?

—Por las hamburguesas.

—¡Ah!; es que estoy muy enfurecido y cuando me enfurezco me da por comer hamburguesas, no puedo evitarlo, es superior a mis fuerzas. Luego tengo que tomarme un buen vaso de agua con bicarbonato porque mi estómago no puede con tanta hamburguesa, pero si no me las como, no me tranquilizo, me paso una semana nervioso.

—Es una forma extraña de tranquilizarse, *monsieur* Lafont —comentó jocosa Eve, al tiempo que Maurice llamaba al camarero con la mano para que les atendiera.

—¿Le molesta que comamos con usted?

Tras mirarlos unos instantes a los dos, decidió:

—Bueno, ¿por qué no? La verdad es que le expliqué al psiquiatra lo que me pasaba con las hamburguesas y me recomendó varios tipos de píldoras para tranquilizarme, pero comenzó a fallarme el corazón. En fin, tiré todas las pildoritas por el sumidero y he regresado a las hamburguesas cuando me enfurezco. Después de todo, si tomo el bicarbonato, todavía puedo con la digestión y me quedo satisfecho. Ahora, ya pueden reírse de mí.

—¿Por qué habríamos de reírnos? Cada cual tiene sus manías —le replicó Maurice—. A mí me dicen que soy un loco por no ejercer como ingeniero y meterme en cambio dentro de los coches, arriesgando el tipo y la cara, por supuesto.

—Ah, usted es quien probó el «Rolls Royce» de un amigo mío, ¿verdad?

—Sí, pero todavía no le he hecho todas las pruebas.

—¿Está en buenas condiciones ese coche?

—Sí, pero le cargarán algo más de lo debido, aunque eso no es cuenta mía.

—Si he de comprarme un coche, ¿cuál me aconsejaría?

—Si hay francos a discreción, entonces, depende de para qué vaya a usarlo.

—¿Para qué cree usted que puedo usarlo yo?

—Si fuera bucólico le recomendaría un buen *jeep*, pero siendo un

premio Goncourt, gustándole el ambiente de París y las fiestas, creo que con un «Mercedes» *diplomatic* automático, azul metalizado, le iría bien. Usted no es hombre para coche *sport*, le gusta la vida tranquila respecto a la velocidad, no a las fiestas.

—Pensaré en su consejo. Oiga, ¿por qué no me ha recomendado un coche francés?

—Muy sencillo, destacaría poco. El «Citroën» tiburón lo usan desde los ministros a los cocineros, pasando por Antoine Rolage.

—¿Rolage tiene un «tiburón»?

—Sí, eso creo, un último modelo.

—Entonces, me compraré un «Mercedes», como usted me ha sugerido.

La emprendió con la segunda hamburguesa. Se detuvo tras mascar un buen bocado y encarándose con Maurice preguntó:

—¿Sabe una cosa?

—No, si no me la dice.

—Pues que no sé conducir. ¿Cobra muy caro un chófer particular?

—Sí, cobra caro y además tiene impuesto de lujo, pero usted va a ganar mucho dinero con la película. ¿No es eso?

—Sí, eso creo, además, las ventas van muy bien. Creo que será mejor que aprenda a conducir —suspiró—. De pequeño probé con una bicicleta y me fui directo contra un árbol. El árbol era delgado, pero yo le di y me pasé una semana en cama. Un año después me regalaron unos patines y me puse a llorar, no los llegué a estrenar.

—En ese caso, será mejor que consulte a un buen psiquiatra antes de llamar a la puerta de una escuela de conductores —le recomendó Eve, mientras Maurice pedía unos platos combinados.

—Soy un hombre de suerte, pero siempre me pasan cosas raras, es mi sino, no puedo escapar de él.

—Por ejemplo, lo que le sucedió con la mujer de cara de gato.

—Oiga, ¿usted la conoce?

—¿Es la alsaciana de que me hablaste? —preguntó Eve.

—Sí, sí, tiene acento alsaciano —se apresuró a decir el escritor.

—Creo que es la misma, pero usted que es escritor, ¿podría relatarnos lo que le ocurrió con ella? Si no teme contárnoslo, por supuesto.

—¿Quiere publicarlo?

—No, yo solo escribo en plan deportivo. Es pura curiosidad, como conocí casualmente a esa mujer.

—Bien, se lo explicaré, pero es desagradable y a lo peor no me creen.

Cuando los escritores hablamos, quienes escuchan siempre piensan que estamos novelando.

—Le escuchamos, *monsieur* Lafont —dijo Eve, sonriente, al observar que Maurice estaba interesado en conocer lo ocurrido.

CAPÍTULO V

«El restaurante es un lugar selecto y reservado, de precios caros, lo que obliga a quienes tienen pocas posibilidades económicas a no pasar de la puerta, puesto que tiene una forma especial de pago.

Al entrar, uno ha de abonar treinta francos y le dan un *ticket*, lo que le autoriza a sentarse en una de las mesas, digamos que es la consumición mínima.

Mi esposa había salido en avión, por lo que me presenté solo. Bueno, estoy acostumbrado a ir con mi mujer a todas partes; sin embargo, me sentía bien.

Descubrí a Rolage en una de las mesas reservadas en un rincón, sin que miradas extrañas pudieran molestarle.

En la misma mesa había una mujer hermosa, muy hermosa, así me lo pareció y no me sorprendió que hubiera una mujer cerca de Antoine Rolage, pues tiene fama de Casanova.

—Buenas noches, Rolage.

—*Monsieur* Lafont —saludó Antoine muy efusivo, levantándose—. Tome asiento, por favor. Le presento a Circe.

—¿Circe?

Ella sonrió, clavando en mí sus enormes ojos verdes, unos ojos que me parecieron muy grandes y felinos. Tuve miedo por unos instantes, pero no pude evitar sentirme atraído por aquella intensa mirada.

—¿No le gusta mi nombre?

—La mitología griega habla de Circe. Unos la ponen en la isla de Cea y otros diccionarios, a la isla la llaman Ea, para todos los gustos.

—Es usted muy erudito, *monsieur* Lafont.

—¿Me conoce?

—¿Quién no conoce al escritor Lafont, premio Goncourt? —me dijo sonriendo.

Los escritores, todos los artistas en general, somos muy vulnerables a la vanidad.

Me acomodé en una silla frente a la mujer. Es difícil saber lo que sucede cuando unos ojos como los de Circe te hipnotizan, te subyugan. Es posible que fuera el propio Rolage quien me colocara en aquel sitio.

—¿Un borgoña claro? —inquirió ella, levantando la botella ya descorchada que hacía sobre la mesa.

—No me agrada beber cuando tengo que hablar con periodistas —repuse.

—Pues puede usted beber tranquilo —se apresuró a decir Rolage, lo cual no me gustó nada.

—¿No van a venir los periodistas británicos? —pregunté, sintiéndome defraudado.

—Han tenido problemas en el aeropuerto, no sé qué de una huelga. Lo han pospuesto para mañana, pero ya qué estamos aquí, hay que tomarse la vida con tranquilidad. Cenar a gusto en buena compañía y hacer honor a la bebida francesa.

Suspiré decepcionado. Tuve deseos de marcharme y así lo expresé.

—Entonces, será mejor que les deje solos.

—¿Marcharse ahora? Vamos, *monsieur* Lafont, Antoine me ha dicho que su esposa está en Montecarlo y que usted está solo en el hotel. Si se va a dormir, será como despreciar la compañía de unos amigos.

Me sentí como atrapado. Irme en aquellos momentos era como una descortesía y aún no conocía lo suficientemente bien a Rolage como para enviarlo a hacer... Bueno, cualquiera puede comprender a lo que me refiero.

—No me espera nadie, es cierto, pero mañana tengo varias citas. El escritor es un hombre que trabaja en el retiro de su despacho, pero cuando vienen los días de la presentación de una obra, todo son citas, telefonazos, cenas.

—Por una buena cena.

La mujer vertió el borgoña en mi copa e hizo salir hasta la última gota de la botella. Casi con ingenuidad, aunque su rostro distaba mucho de ser ingenuo, dijo:

—Se terminó. Mientras le esperábamos a usted, *monsieur* Lafont, Rolage y yo ya hemos hecho honor al vino que falta.

—Y que es bastante —opiné, algo envarado.

—Tiene usted que ayudarme, *monsieur* Lafont —dijo Rolage con un suspiro.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, perplejo.

—Circe es la única mujer que, pese a conocerla desde hace bastante tiempo, siempre se me ha resistido.

—Yo no tengo el placer de conocerla personalmente.

—Oh, un escritor siempre puede ser un buen abogado. Tienen bonitas

palabras que emplear para ablandar el corazón de una mujer y ya sabe, cuando el corazón se ablanda, el cuerpo se relaja y después...

—Por favor, Antoine —terció ella con un mohín—. Me has propuesto presentarme a *monsieur* Lafont, no me has dicho que volverías a ponerte pesado con tu eterna cantinela.

—Ya lo oye, *monsieur* Lafont. A lo que yo pretendo le llama cantinela, cuando puede ser placer de dioses.

—No será tanto —se rio ella.

Yo me sentía como hipnotizado. Bebí un sorbo de borgoña que me pareció que tenía un sabor más áspero de lo habitual. Sin embargo, se veía claro, limpio en su tono casi rosado y aquella aspereza podía deberse al año de la cosecha.

—Pues yo sí creo que puede ser placer de dioses —respondí.

—¿Usted opina eso? Si todavía no me conoce.

—Ah, pero se lo imagina, para eso es escritor —se apresuró a decir Antoine Rolage, empleando una camaradería a la que yo no le había dado paso libre, pero que no pude evitar.

Había temido que Rolage insistiera con su petición respecto al apetecido *rôle* en mi película, pero no hizo la más mínima alusión a ello y mi tensión inicial se fue relajando, quizá también por efectos del vino que fui tomando antes de que me fuera servida la cena que escogí con ayuda de Circe.

La tenía sentada delante de mí y sus ojos parecían haberme atenazado. Aun sin mirarla, sabía que ella me estaba mirando a mí.

El desasosiego fue transformándose en deseo. Mis rodillas, por debajo de la mesa, rozaron las suyas y ella no las apartó. Estaba muy hermosa.

El escote de su vestido parecía incapaz de contener sus atrayentes pechos y yo me olvidé de Montecarlo y de quien había marchado hacia allá aquella misma mañana.

—Circe fue amante de Ulises y transformó en cerdos a sus amigos —dije.

—Por desgracia, yo no he tenido la suerte de Ulises —se apresuró a puntualizar Rolage.

—Pero Circe se casó con Telémaco —objetó ella.

—Al que envenenó... Se enamoró luego de Glauco y no pudo soportar que este prefiriera a Escila, a la que convirtió ahora no recuerdo en qué.

—La convirtió en escollo, pero todo eso es una simple metáfora. Usted sabe que Circe era una bruja mitológica que convertía a los seres humanos

en animales, pero usted no cree en brujerías, ¿verdad?

—Por supuesto que no, pese a esa moda actual de celebrar misas negras, con toda esa porquería de la magia negra. A ello ha influido Polansky, con su *Semilla del diablo* y William Peter Blatty con *El exocista*. Bueno, comprendo que a la gente le guste todo eso, hay mucho sadismo y erotismo oculto tras la aparente psicología de la gente, en especial de la burguesía. Los *hippies* y todos sus sucesores, llámense como se llamen, no se preocupan de ocultar y disfrazar sus sentimientos que, al fin y a la postre, en esencia son los mismos que los de los burgueses más tradicionales.

—Si lo dice un premio Goncourt, deberemos de tenerlo muy en cuenta —dijo Circe, halagando, siempre mi vanidad.

Me aduló cuanto pudo y yo sentí que sus piernas me rozaban por debajo de la mesa mientras el vino de Borgoña quemaba o hacía que mi sangre quemara.

Experimenté deseos, unos deseos incontenibles hacia aquella enigmática mujer que parecía una hermosa gata.

Pensé que sería excitante acariciar su piel, que debería de ser sedosa y aterciopelada. Yo no había engañado a mi mujer en muchos años. Creía que esa parte de mí mismo estaba ya bien encarrilada y ordenada.

Tengo una esposa, yo la quiero y ella me quiere, pero lo que sentía en aquellos momentos, creo que no lo había sentido ni cuando me casé, en mi noche de bodas.

El camarero se nos acercó y dijo:

—*Monsieur* Rolage, lo llaman al teléfono.

—Discúlpenme, ahora vuelvo —dijo él, levantándose de la mesa.

Al marcharse Rolage, yo miré con más descaro a Circe y ella, en vez de contenerme, hizo todo lo contrario, me espoleó.

Acercó su mano y me la pasó por la frente, de una forma delicada. Luego, con la yema de su dedo pulgar, me acarició por debajo del labio inferior, lo que me causó un estremecimiento.

—Es usted muy inteligente, *monsieur* Lafont.

—Pero no soy gran cosa como hombre. Rolage es mucho más alto que yo y usted es su amiga.

—Antoine tiene la cabeza más arriba que usted, pero no está tan bien puesta ni tan selectivamente llena. Antoine es adorable, pero a mí me gusta que los hombres sean algo más que adorables.

Antoine regresó a la mesa y con gesto preocupado, contó:

—Es el director de la obra que tengo en escena. Hay que hacer una sustitución y me requiere en el acto. Eso de que no puedan vivir sin mí es una pena, pero soy indispensable. *Monsieur* Lafont, tengo que pedirle un gran favor.

—Usted dirá.

—¿Podrá acompañar a Circe? Para mí es muy importante mimar a mi gatita alsaciana y si no estuviera usted aquí, no me atrevería a abandonarla aunque a París se lo tragara un cataclismo.

—*Monsieur* Lafont puede cuidar perfectamente de mí —dijo ella, clavando en mí sus impresionantes ojos verdes.

—Sí, claro —asentí con torpeza.

Nos quedamos solos en la mesa. Ella, sin duda alguna, distaba mucho de ser una zorra, no lo parecía al menos. Era una mujer extraña, que se apoderó de mi voluntad.

—¿A qué lugar la llevo? —le pregunté.

—Su hotel, si tiene discreción, está bien para mí. Podrá seguir contándome cosas de usted, de su talento.

Tomamos un taxi y fuimos a mi hotel.

El conserje me miró con una sonrisa de picardía. Él sabía que Circe no era mi mujer, pero estaba dispuesto a ser amable con un cliente como yo, un cliente que, en aquellos momentos, no sabía si por el embrujo de la belleza de Circe, de sus ojos o de la bebida que había tomado, carecía de voluntad.

Puedo jurar que antes de aquella cena no había pensado en traicionar a mi esposa.

Expongo muchas histerias de adulterios en mis obras, lo mismo que asesinatos, pero eso no quiere decir que yo haga lo que pueden hacer mis personajes con tanta normalidad.

La besé y sus labios ardían. La acaricié y sentí que quien ardía era yo.

Ella, con suavidad, me pidió que la dejara pasar al cuarto de baño para ponerse cómoda. Yo le bajé la cremallera, el vestido se abrió y ella dejó que resbalara sobre su piel, quedando en el suelo.

Me puse cómodo para recibirla. Me senté en la cama y respiré hondo. Tenía deseos de mojarme la cara, todo yo ardía.

Sorpresivamente, todo comenzó a oscurecerse a mi alrededor. No comprendí qué ocurría y parpadeé cuando, de pronto, divisé dos ojos grandes, felinos. Eran cono los ojos de una pantera y fosforescían en la oscuridad.

Aquellos ojos, que no podían ser humanos, me miraban fijamente y bajo ellos, unos dientes relucientes, unos colmillos largos y agudos. Sentí miedo, pánico quizá.

Quise echar a correr y me sentí como sujeto a la cama. Traté de articular algo con mi voz y no lo conseguí.

Aquellos ojos me miraban fijamente, me estaban hipnotizando, y aquella boca que en nada se parecía a la de la mujer que yo había besado, se movió para hablar, dejando escapar una voz gutural, profunda, una voz que sonaba lejana y al mismo tiempo se podía entender claramente.

—Lafont, Lafont... —repetía.

Intercaló palabras cuyo significado desconozco y comenzó a canturrear una oración satánica que no entendía, es decir, solo comprendía que mi nombre quedaba intercalado entre grupos de palabras totalmente ininteligibles para mí.

Se me acercó.

Yo conseguí alzar las manos para rechazarla y, de pronto, toqué algo agudo.

Ella no tenía manos, sino zarpas, eran garras, garras desnudas.

Se me secó la garganta. Traté de ser dueño de mí mismo, pero no podía, no podía, todo era turbio e indescifrable, al tiempo que claro y nítido.

Era como si la realidad se hubiera hecho confusa y la fantasía monstruosa en que aparecía aquella mujer gato, fuera clara y tangible.

—Lafont, tú no tienes voluntad. Tú eres un hombre, un mortal, que es lo mismo que decir nada. Me debes obediencia, obediencia total. Me debes obediencia porque me amas y me temes. Yo, Circe, te conjuro, eres mi siervo.

Rio y rio hasta que su carcajada retumbó en mis oídos, creándome un caos cerebral.

—Lafont, Lafont, me debes obediencia. Si no me obedeces, te castigaré. Tienes que obedecerme, Lafont, de lo contrario caerás bajo mi maldición, la maldición de Circe.

Yo creo que decía guturalmente que sí.

Ella puso sus uñas sobre mi cuello y yo me estremecí de terror. Aquellas garras podían yugularme de un zarpazo. Aquella enorme gata pantera o monstruo que hablaba como un ser humano, podía devorarme con sus dientes, con su lengua áspera.

—Lafont, Glauco es mi protegido. Y tú le darás lo que te pida. Me debes obediencia, Lafont. Para ti, Glauco se llama Antoine Rolage, sí,

Antoine Rolage. Es mi Glauco y tú le darás entrada en *El árbol de cristal*. Él desea el *rôle* de Jean y tú se lo ofrecerás porque de lo contrario, yo te maldeciré. Y la maldición de Circe es la de convertir a los hombres en bestias a las que atormenta. Tú no quieres convertirte en una bestia atormentada, ¿verdad, Lafont?

Siguió hablándome, pero yo cada vez entendía menos lo que me decía.

Los párpados me pesaban pero los enormes ojos fosforescentes de ella obligaban a los míos a permanecer abiertos.

Sentí que herían mi pecho y luego me abandoné a las tinieblas repletas de fantasías, de pesadillas satánicas.

Ya no supe si soñaba o vivía, si todo era fruto, de una cena pesada o me había trasladado al mismísimo infierno, donde docenas de ojos luminosos me perseguían.

Colmillos que se abrían amenazantes, mientras por todas partes escuchaba la risa fatua y satisfecha de Rolage.

Una camarera, después de llamar y ver que no respondía, abrió la puerta, eso es lo que me han contado.

Al poco, se presentaba el médico del hotel y me curaba algo que tenía en el pecho. Yo pregunté qué era y qué es lo que ocurría.

El médico me miró a través de los gruesos cristales que empequeñecían sus ojos y respondió:

—Le han arañado, *monsieur* Lafont. ¿Piensa dar parte a la policía? Este es un hotel serio y debería de hablar antes con la gerencia. Si llama a la policía, perjudicará al hotel.

—¿Llamar a la policía? —repetí, dándome cuenta de que el médico debía de ser un asalariado del hotel.

Intenté incorporarme y no lo conseguí, me sentía muy débil. El médico me ayudó a mover la cabeza y vi la señal de unas zarpas en mi pecho.

La bruja, aquella maldita bruja llamada Circe, se había convertido en una monstruosa gata y me había arañado.

—Dios mío, no me había dado cuenta —gemí.

—Creo, *monsieur* Lafont, que la noche pasada bebió usted más de la cuenta. Su aliento huele a alcohol agrio.

Me pasó la mano por la boca. Debía ofrecer un lamentable espectáculo, porque el médico, la camarera y otro empleado del hotel me miraban en forma muy extraña.

Debía de causarles lástima o asco, aunque no se atrevieron a decírmelo.

El doctor les pidió que nos dejaran solos mientras de su maletín extraía

el medidor de presión sanguínea que colocó cuidadosamente alrededor de mi brazo.

—¿Dónde ha pasado la noche, *monsieur* Lafont, en Pigalle, en Montmartre? Tenga cuidado, hay gente muy sádica por ahí y cuando uno ha bebido demasiado, se aprovechan. Le roban y le golpean después. ¿Le han robado, *monsieur* Lafont?

—No lo sé, yo vine aquí con, con...

Me callé. No creí oportuno contarle a un extraño por muy médico que fuera, que en ausencia de mi esposa había llevado a una desconocida al hotel.

Él pareció comprender. De pronto, se puso pálido y yo pregunté:

—¿Qué, qué ocurre, doctor?

—Qué extraño... —se inclinó sobre las heridas de mi pecho y opinó—: Son arañazos superficiales, apenas interesan la piel. Necesitarán una desinfección ligera, aunque mejor le pondría la inyección antitetánica de gammaglobulinas; sin embargo, no entiendo...

—¿Qué es lo que no entiende, doctor? —pregunté con una voz que yo mismo me di cuenta de que era débil.

—Tiene usted la presión muy baja, es como si hubiera perdido sangre, como si hubiese sufrido una hemorragia. Tendría que hacerle un chequeo en profundidad.

Me hizo girar y buscó en mi cuerpo, en mis brazos, mas no halló otras heridas.

—No lo entiendo. ¿Es usted drogadicto?

—No, por Dios, claro que no lo soy.

—Tendría que hacerle análisis en profundidad, *monsieur* Lafont. No debería usted moverse de la cama en dos o tres días, comer mucho y tomar algo que voy a recetarle. Además, le inyectaré una botella de suero salino y glucósido para subirle algo la presión, aunque sea a marchas forzadas.

Comprendí que él tenía mucha razón, aunque no estaba dispuesto a entregarme en sus manos.

Si aquella bruja me había drogado y la droga aparecía en mi sangre, la noticia podía divulgarse y, bueno, volví a sentir terror, pero en forma diferente a por la noche.

Dejé que trajeran los fármacos; me inyectaron el suero y me tomé las pastillas. Fui recobrando fuerzas por momentos. Luego, me cogió apetito, comí y recordé a Circe, sus mandatos, sus amenazas, sus maldiciones.

En vez de aterrarme, como ya me sentía mejor, me indigné y comprendí

que Antoine Rolage me había tendido una trampa en la que yo había caído ingenuamente, pero no me dejo someter por supersticiones, soy un escéptico en tales cuestiones y cuando ya me he encontrado más repuesto, he ido a por Rolage, a escupirle a la cara lo que sentía, lo que pensaba de él.

Ya lo saben todo, ustedes son los primeros a quienes se lo he contado y puesto que me he recuperado, no pienso acudir de nuevo al médico del hotel».

* * *

Maurice Oyat y Eve Vert se miraron.

Hablando y hablando, narrando aquellos extraños sucesos, el escritor se había comido todas las hamburguesas y consumido la enorme jarra de cerveza.

—Pero *monsieur* Lafont, ¿tiene usted alguna prueba de todo lo que ha dicho, de lo que nos ha contado? —le preguntó Maurice.

—¿Pruebas?

Les miró perplejo y de pronto, casi violentamente, se desabrochó la camisa.

Apartando la corbata, descubrió parte de su pecho, en el que pudieren ver claramente el zarpazo de Circe.

CAPÍTULO VI

—Hubiera preferido que te quedaras en París —le dijo Maurice Oyat, conduciendo por la abrupta carretera comarcal de Alsacia, aquella carretera olvidada de todos, quizá solo empleada por cazadores, practicantes de trial y algún que otro arriesgado dominguero ansioso de aventuras.

—Tengo curiosidad por conocer a esa Circe.

—No creerás en las brujas a estas alturas, ¿verdad?

—Leí un libro de un autor español que decía que él no creía en las brujas, pero haberlas, las había.

Maurice sonrió.

—Yo creo que hay mujeres que se consideran brujas a sí mismas. Muchas de las que quemaron en el medioevo estaban convencidas de ser siervas de Satán.

—Pero, opinas que estaban locas o drogadas.

—Algo de eso.

—Entonces, ¿para qué quieres volver a verla? ¿Por qué nos dirigimos a La Chatte Sauvage?

—El que no posea poderes diabólicos no quiere decir que una persona no sea peligrosa.

—¿Crees que es una loca peligrosa?

—Me estás haciendo preguntas que todavía no puedo responder, Eve. He de admitir que el relato de Lafont resulta muy extraño, fantástico, pero si recuerdas lo que dijo —fue hablando Maurice mientras sorteaba los graves escollos de aquella pésima carretera que ni siquiera se cuidaba como pista forestal—, explicó que pusieron en su copa lo último que quedaba de la botella de vino de Borgoña.

—Es cierto —admitió la muchacha—, pero ¿qué tiene eso que ver?

—Pues que ese resto de vino podía estar drogado, por eso Lafont sintió deseos irreprimibles hacia Circe. Todo estaba preparado, supongo que hasta la llamada telefónica que hizo que Antoine Rolage se ausentara del restaurante, dejándoles solos, pues para Circe comenzaba la segunda parte de la actuación.

—¿Y por qué no actuó Rolage en vez de Circe? El actor es él.

—Al parecer, ambos trabajan en colaboración.

—Ya, ella aparece como una bruja para asustar a sus víctimas.

—Bueno, creo que todo eso nos lo podrá explicar la propia Circe cuando la encontremos.

—¿Por qué supones que ella confesará?

—No estoy seguro de que lo haga, aunque desearía que lo hiciera.

—¿Por qué te metes en problemas? Esa mujer puede poseer poderes extraños.

—¿Te refieres a paranormales?

—Sí, ¿por qué no? ¿No hay un israelita que debía cucharas con el poder de su mente, sin emplear fuerza muscular? Y he oído contar otros casos semejantes.

—Lo hago por Rolage.

—¿Por él?

—Sí, quiero desenmascararlo. He descubierto por qué un actor como él, más que mediocre malo, ha conseguido lo que se ha propuesto. Si le desenmascaro, será el primer reportaje no deportivo que haga. Destruiré el mito de Antoine Rolage.

—¿Quieres pasarte a la prensa del escándalo?

—No es eso, quiero que un tipo como él quede al descubierto. Es posible que si queda en la picota, algunos se atrevan a denunciarlo, por chantaje, por esas brujerías y extorsiones que emplea para asustar a sus víctimas. Lafont se ha atrevido a enfrentársele. La verdad es que ese Rolage me dio mucho asco cuando vi que trataba de aprovecharse de ti en el escenario, durante el ensayo. Sin *brassiêre* y eligiendo él tus pantaletas, el muy cerdo...

—¿Celoso? —se rio Eve, pasándole la mano por el brazo.

En aquel momento, Maurice pasó junto a la verja que él mismo destrozara en el accidente automovilístico.

Dobló por el camino entre la alameda que conducía a la puerta de La Chatte Sauvage.

Era de día, pero el cielo estaba plomizo. El ambiente era frío, desapacible; sin embargo, no soplaba aire.

En el bosque había manchas de nieve y en el suelo del camino aparecían las huellas de haber rodado algún automóvil.

Maurice Oyat no se detuvo hasta llegar frente a la puerta de aquella especie de oscuro caserón, hecho con mucha piedra, lo que permitía comprender que hubiese resistido los avatares del tiempo, pues hacía siglos de su edificación.

—Uf, qué tétrico es. ¿Y dices que esa mujer hermosa vive sola aquí dentro?

—Eso me contó y lo creo.

—Entonces, sí que he de comenzar a pensar que está loca o es una bruja de verdad. Lo que no comprendo es el nombre.

—¿Qué nombre?

—Circe. Ese nombre corresponde a la mitología griega y este caserón me hace recordar el medioevo europeo, puesto que estamos en Alsacia.

—Ya sabes que no creo en brujas, pero según los entendidos, esas brujas se reencarnan una y otra vez y así durante siglos y siglos. Otros cuentan que por tener pactos con Satán, no mueren. En fin, hay muchas leyendas al respecto.

—¿Y tú por cuál te inclinas?

—Verás, hay personas que no están muy bien de la cabeza. Leen algo sobre alguien que les causa impresión y toman su personalidad, es decir, tratan de parecerse en todo a ese personaje que les ha impresionado hasta el punto de que creen ser quienes en realidad no son.

—Pero si ella dice ser Circe, ¿qué vas a hacer?

—No estaría de más denunciarla a las autoridades para que sea internada en un sanatorio psiquiátrico y ese Rolage no siga utilizándola para sus chantajes y extorsiones.

—Si está loca, no irás a decírselo a la cara, ¿verdad?

—¿Temes que se ponga furiosa?

—He oído contar que los locos, cuando se enfurecen, por las descargas de adrenalina, adquieren un poder muscular superior al de varias personas normales. No me gustaría verme metida en ese «bollo». La verdad, Maurice los locos me asustan.

—¿Y las brujas?

—Más.

Él la besó suavemente en los labios y descendieron del coche.

Se enfrentaron con la puerta en cuyo dintel de piedra podía leerse La Chatte Sauvage.

—Fíjate, Maurice, ahí está más oscuro. Es como si la casa hubiera sufrido un incendio en otros tiempos.

—Es posible, y parece que entonces la puerta se transformó en boca de tiro o chimenea, a juzgar por la trayectoria del humo.

—Por nada del mundo viviría aquí. Es un lugar horrendamente solitario. Y pensar que esto es Francia —opinó Eve.

—Es que nos empeñamos en vivir hacinados en las grandes urbes, pero lugares como este, apartados y solitarios, te aseguro que quedan bastantes todavía. Yo los he visto probando coches por carreteras de montaña. Lo más importante para que un lugar así esté solitario es que se halle a más de cien kilómetros de una ciudad importante y por una mala carretera.

—¿Por qué a más de cien kilómetros?

—Porque si está a menos distancia, enseguida aparece lleno de papeles, plásticos, latas y hasta algún que otro resto de tortilla.

Eve quiso reírse, pero solo sonrió. Hacía mucho frío y aquella solitaria y umbría casa, casi oculta a cuantos pasaran por el camino por culpa de los árboles, la sobrecogía.

—Vaya, esta garra que es un aldabón, yo llamé aquí.

—Qué asco, Maurice.

—¿Asco?

—Sí, la zarpa o lo que sea tiene aferrada entre sus uñas una cabeza humana.

—Es cierto, por la noche no pude verlo claro. Este aldabón parece muy antiguo.

—Entonces Circe ha encontrado una casa a su medida. ¿O es que la casa ha hecho a Circe a su medida?

—¿Una casa que hace a las personas a su ambiente y medida?

—Sí, creo que eso es posible. Una casa desagradable hace que sus habitantes tengan un carácter desagradable; una casa fuerte hace que sus moradores se sientan fuertes, seguros. Una casa alegre hace que quienes vivan dentro de ella sean alegres.

—Entonces, ¿quién hace la casa?

—La persona, pero en este caso parece que la casa, por lo antigua que es, está antes que la persona, por lo que el ambiente ha moldeado a la persona y no al revés.

Maurice recordó el cuadro en el que creía haber visto a Circe. Dudó entre sí decirle a Eve lo que pensaba o no. La chica sentía curiosidad, pero si estaba allí frente a la puerta de la casa era porque él la acompañaba, de lo contrario ya habría echado a correr.

—Vamos, llama. ¿Qué estás pensando?

—Nada, ahora llamo.

Por el momento, prefirió no contarle lo del óleo, lo que intranquilizaría más a Eve. No era posible pensar que Circe, joven y bella, tuviera siglos de existencia.

Más, si aquello era verdad, tendría que creer que era una bruja maligna y entonces...

Llamó con el extraño y desagradable aldabón, cortando sus peligrosas elucubraciones.

Tras la llamada, escucharon varios maullidos desagradables que en nada recordaban a un gato doméstico. Eran maullidos feroces, amenazantes.

Maurice miró a la joven y se encogió de hombros.

—Son los gatos que tiene encerrados en esos toneles jaula.

—¿Son peligrosos?

—¿Te refieres a los gatos salvajes?

—Sí.

—No creo, a menos que estén endemoniados —carraspeó y trató de aclarar—: Bueno, quiero decir a que estén como enloquecidos. Esos felinos, algo mayores que un gato doméstico, no suelen atacar al hombre. Atacan a pequeños mamíferos que viven en el campo.

—Parece que no contesta nadie.

—Quizá no esté. En el camino, había marcas de ruedas de automóvil; no obstante, insistiremos.

Volvió a llamar, más no obtuvieron respuesta. Al sonido del aldabón, aquellos gatos atormentados por Circe volvieron a maullar de forma escalofriante.

—Pues sí, parece que no está.

—¿Volvemos otro día o tratamos de entrar?

—La puerta es muy sólida, ha debido de resistir hasta los embates de los soldados en otras épocas. Como no la embistamos con el coche y aun así, creo que el coche se arrugaría antes que la puerta. A los automóviles modernos no les colocan los parachoques de antes.

Intentó empujar la puerta sin resultado. Estaba sólidamente cerrada y las ventanas tenían las contraventanas puestas, dando a la casa una sensación de impenetrabilidad.

—Veremos en derredor.

—¿Quieres entrar?

—No lo sé. Quizá en la parte de atrás exista alguna puerta más accesible.

—Y si la encontramos, penetraremos en la guarida de la bruja y descubriremos sus redomas y pócimas —rio Eve.

Pero su risa quedó cortada bruscamente por algo que se movió entre

unos matorrales próximos.

—¡Quieta, Eve!

—¡Maurice, es un lobo!

El animal, asomado entre el follaje de una planta de hoja perenne, mostraba sus poderosos colmillos.

Maurice se agachó; tomó una piedra y se la arrojó al cuerpo. El animal lanzó un gruñido de dolor y algunos medio ladridos y se alejó a la carrera.

—No es un lobo.

—Lo parecía.

—Es un perro lobo, propio de este lugar, un alsaciano puro. En realidad, puede ser descendiente de los perros que los nazis dejaron sueltos por esta zona cuando la retirada, a finales de la Segunda Guerra Mundial. Puede ser nieto o bisnieto de aquellos perros que ahora son asilvestrados y peligrosos, aunque al ser de esta raza, actúan más como lobos que como vulgares perros salvajes.

—Lo mejor es que se haya marchado, me daba miedo. Tenía los ojos como inyectados en sangre.

—Hay que admitir que esa Circe es algo especial. Vivir sola en este caserón, rodeada de esta clase de alimañas y con los gatos salvajes dentro de la taberna que apesta. Mira, un buen montón de toneles, destapados y carcomidos. Sin la tapa circular, no son para guardar bebidas. ¿Qué harán ahí?

Había algo más de una docena de toneles grandes, de madera, las tapas estaban apiladas. Maurice y Eve se acercaron. Cerca del grupo de toneles había un sendero que tenía una pendiente leve al principio pero luego pronunciada.

—En el suelo hay manchas blancuzcas.

—¿Nieve?

—No —denegó el hombre, inclinándose—. Parece yeso o cal, no sé, tendría que decirlo un laboratorio químico.

—Allá abajo hay una especie de charca.

—Sí, ya veo —dijo, mirando en la dirección que señalaba la muchacha —. Parece que hay algo en la charca.

—Veámoslo más de cerca. Ya que no está Circe por aquí, husmearemos un poco. No me gusta este lugar. En este aire que no parece moverse, hay algo inquietante, desagradable y además huele muy mal. Todo el caserón huele a podrido, a heces. No comprendo cómo una mujer hermosa puede vivir aquí.

—Aunque el aire es frío, yo también huelo muy mal, será por eso que ese perro lobo asilvestrado ha venido por aquí.

—Su olfato, sin duda alguna, es más bueno que el nuestro. Si está aquí y no le molesta ese olor, digo yo que será por alguna razón, aunque sea muy sencilla y consista en que Circe eche desperdicios cerca de aquí, desperdicios que estas alimañas hayan tomado por su comida cotidiana.

Descendieron por aquella especie de sendero que conducía directamente a la charca de aguas negras, aguas que en la orilla se mezclaban con el lodo helado. La baja temperatura había helado gran parte de las aguas.

—Es un tonel, ¿verdad?

—Eso parece un tonel que no se ha hundido, quizá porque toca fondo. Todo está tan sucio que no sabemos qué profundidad tiene esa charca medio helada.

—¿Crees que uno de los toneles que hay arriba puede haber caído rodando hasta el agua?

—Es muy posible. La verdad es que ese tonel ha caído ahí recientemente.

—¿Por qué?

—Fíjate, los bordes de hielo son gruesos aquí. Es como si el tonel hubiera roto el hielo en su caída sobre el agua, aunque ha vuelto a helar y hay una capa más fina que parece que han roto con algo, quizá con una pértiga, a distancia, como queriendo liberar al tonel del hielo que no lo ha dejado hundir totalmente.

—Maurice, ¿no estás haciendo demasiadas conjeturas?

—No sé. Tal como están colocados los toneles, no pueden rodar por el sendero sin que alguien los ponga antes adecuadamente y luego los empuje.

—¿Qué móvil podría tener alguien para lanzar un tonel a la charca?

—Lo ignoro. Vayamos arriba de nuevo.

—¡Aguarda, Maurice! Parece que allí hay algo, he oído un ruido.

Eve señaló más hacia el lado sur de la charca, donde abundaban los ramajes y unos sauces.

CAPÍTULO VII

—Puede ser otro perro lobo asilvestrado. Tenemos que andar con cuidado. Si por lo menos me hubiera provisto de una palanqueta o destornillador... En fin, veamos lo que es.

Avanzaron por el abrupto camino y, de pronto, ambos quedaron perplejos.

—Es una especie de jaula —exclamó Eve.

—Eso, parece, una jaula metida en una especie de oquedad, aprovechando unos agujeros y rocas del terreno. Le han puesto un tejado de fibrocemento encima de las rejas y luego tierra, piedras, plantas. Si no se aproxima uno aquí, no puede descubrirla.

—¡Cuidado, Maurice!

Al acercarse Maurice a la jaula, apareció una garra por entre los barrotes que estuvo a punto de alcanzarle el ojo izquierdo.

—¡Diablos de gatos salvajes! ¡Esa bruja!

—Sí, Maurice, son gatos salvajes.

Aquella bestia trató de desafiarles.

Al dar Maurice un puntapié a la verja, toda crujió y el animal saltó hacia el interior de su amplia guarida. Observaron esta con atención y descubrieron varios pares de gatos salvajes.

—Esto es un nidal de gatos salvajes. Ni que los criara para venderlos a algún zoológico.

—¿Son de ella?

—Seguro. ¿De quién van a ser, si no?

—¿Para qué los tendrá en esta gran jaula? Parece haber varios aquí.

—No sé, quizá para cuando revienten los que tiene encerrados en los toneles, así podrá reponer los que se le mueran.

—¡Qué asco!

—Salgamos. Supongo que también se acercarán por aquí los perros lobos al oler a estos gatos salvajes, pero las rejas impedirán la pelea, aunque estos mininos son de cuidado. Te dejan ciego o marcado a poco que te descuides.

—¿Crees que Lafont fue arañado por uno de estos gatos?

—No, su arañazo tiene unas dimensiones superiores a las que puedan

tener estos animales. La distancia entre uña y uña es demasiado amplia para ser de ellos. Ahora, subamos.

Regresaron al camino de la pendiente.

Al llegar junto a los toneles, Maurice se agachó. Sacó un bloc de su bolsillo, arrancó una hoja e hizo una especie de sobre donde metió una muestra de aquel polvo blancuzco y algo grisáceo que había en la tierra húmeda. Luego, se fijó en un rastro que allí había.

—¿Por qué coges eso?

—Quiero saber qué es.

—Pareces un detective. Si no fuera porque tengo frío y este lugar no me hace ninguna gracia, diría que te pareces a Sherlock Holmes. Bueno, era una broma.

—Sí, una broma —aceptó el hombre sin querer explicar a Eve Vert todos los interrogantes que bullían en su mente—. Ven, sigamos estas dos líneas paralelas.

—No son tan paralelas, en ocasiones se juntan.

—Sí, eso parece. También hay huellas de pasos, pasos de unos pies protegidos con botas, unos pies pequeños, de mujer.

—Es lógico, ¿no? Serán los pies de Circe.

—Sí, eso supongo. Sigamos estas huellas, salvo que tú quieras regresar al coche.

—Oh, no, yo no me separo de ti —dijo estremeciéndose bajo su gabardina, lamentando no haberse puesto otro jersey encima.

Las huellas les condujeron a la parte posterior del caserón.

Quedaron frente a una puerta de madera vieja que cerraba una especie de leñera agregada a la casa en los últimos tiempos, a juzgar por su tipo de construcción y el rebozado de argamasa vulgar y corriente.

—Las huellas vienen hasta aquí.

—Parece como si sacaran algo arrastrando hasta los toneles.

—Sí, eso me parece a mí también.

Asestó una rápida y fuerte patada a la puerta, que no resultó ni una centésima parte de fuerte que la de la entrada principal, y esta se abrió totalmente, golpeando hacia el interior.

—Es una leñera.

—Leña para la lumbre, piedras de más de diez kilos cada una y sacos de plástico...

Eve miró recelosa a un lado y a otro. Introduciéndose algo en el recinto, leyó:

—Cal, esto es cal.

—Sí, cal.

—¿Estará haciendo algunas obras en la casa?

—Lo ignoro. Ahí, en el techo, veo una polea de polipasto, bien asegurada a una viga.

—Será para levantar los sacos, las piedras o la leña.

—Por la altura del techo y tal como están colocados los sacos o la leña, incluso las piedras, no encaja su posición —objetó Maurice, rascándose el cogote.

—Pero Maurice, ¿por qué preocuparse tanto por una leñera? ¿Qué hay aquí que tenga importancia?

—No lo sé, pero todo ha de tener una razón y esta casa tan vieja y lúgubre, tan solitaria y enigmática, cada vez me intriga más es algo que ya no puedo remediar.

—Será mejor marcharnos de aquí. Esa mujer podría acusarnos de allanamiento de morada, le has roto la cerradura de la leñera.

—No sé por qué, pero creo que esa Circe no me acusaría de nada, entre otras cosas porque no deberá gustarle visitar la gendarmería.

Preocupado y razonador, se acuclilló. Terminó apartando una capa de tierra y hojarascas, descubriendo una trampilla de madera en el suelo.

—Aquí está, mira.

—Supongo que eso será el sótano y por ahí lanzará la leña.

—Ya veremos lo que es. Dame la escoba que hay en ese rincón.

—Mientras no sea la escoba de la bruja...

Casi con las uñas, Maurice levantó aquella trampilla de madera, que resultó bastante gruesa y que coincidía en vertical justo debajo del polipasto.

—Esto está muy negro, no se ve nada. Me haría falta una linterna.

—¡Maurice, vámonos! —pidió, nerviosa.

—Aguarda... Quiero ver qué hay aquí abajo. No sé si sabrás que los hombres, desde niños, tenemos siempre la manía de descubrir lugares ocultos. Seguro que Sigmund Freud tendría una explicación adecuada para este tipo de manías.

—¿Qué quieres hacer?

—Bajar ahí.

—Parece muy profundo.

—Si la soga del polipasto está aquí encima, será por algo, digo yo.

La cuerda tenía en un extremo un pedazo de cadena y al final de esta,

había un gancho.

Comenzó a soltar cuerda y el gancho fue descendiendo. Era grande, suficiente como para soportar media tonelada de peso muerto.

El gancho fue bajando hacia el interior del sótano hasta que se escuchó un ruido, el ruido característico de que había tocado suelo.

—Bien, ahora sujetaremos la cuerda a esa argolla que hay en la pared.

—¿Y cómo bajarás?

—Deslizándome por la cuerda —sacó unas llaves de su bolsillo y tomando la mano derecha de la joven, se las puso dentro—. Mira, Eve, si me ocurriera algo malo ahí abajo, tomas el coche y te vas al próximo pueblo, a Vaucouleurs. Te presentas en la gendarmería y explicas que aquí ocurre algo raro.

—¡Maurice, no bajes, tengo miedo, no me avergüenza confesártelo!

—Vamos, vamos, la Blancanieves teme a la bruja mala...

La tomó por la barbilla y la besó suavemente en los labios.

—Haz lo que te digo, yo voy a investigar abajo. No tardaré, solo quiero meter las narices.

—Ten cuidado, Maurice, no te arriesgues. Ya has visto qué manías tiene esa mujer.

—No temas, a mí no me ha drogado, como al escritor Lafont.

Se cogió a la cuerda y comenzó a deslizarse por ella, introduciéndose en el negro sótano, hasta que tocó suelo, un suelo pétreo. Encendió un fósforo y miró en derredor.

—Maurice, ¿estás bien? —inquirió Eve angustiada.

—Sí, tranquilízate.

—¿Qué hay ahí abajo?

—No grites tanto, si hay algún muerto vas a despertarlo.

—¡Maurice, no gastes bromas, no me gustan en esta situación!

—Pues estate calladita —le recomendó desde el sótano recién descubierto.

Tuvo que arrojar el fósforo y encender otro. Descubrió una mesa con un candelabro de un solo cirio. Prendió fuego a la mecha y aunque poca luz podía ofrecerle aquella gruesa vela, siempre sería algo.

Observó que sobre aquella especie de mesa de trabajo había tarros cerrados con productos en su interior, insectos flotando en extrañas soluciones y maceraciones de hierbas.

Le repugnó todo aquello e hizo un esfuerzo para no mirar nada de lo que aquellos frascos podían contener. Tanto si Circe era una loca como una

bruja, seguro que encontraría cosas muy desagradables encerradas allí.

Vio unas velas rojas. En una de ellas escrito con pintura negra, leyó:

—«LAFONT»... Diablos, seguro que esa bruja le ha hecho algún conjuro —miró la otra vela y palideció—: «EVE».

Era verdad que había muchas Eves en el mundo, pero allí estaba escrito claramente. Parecía que querían escribir más, pero aún no lo habían hecho.

El pincel había quedado metido en un tarro en el que había una pintura negra que hedía a perros corruptos.

Al extremo de la mesa descubrió varias revistas mundanas y al fijarse en ellas, vio a Antoine Rolage. Junto a él estaba Eve en la fiesta de presentación del libro de Lafont.

Eve Vert aparecía muy risueña y hermosa. La habían fotografiado en varias ocasiones y los reporteros gráficos habían hecho alarde de su profesionalidad al retratarla en las poses más sexys. Indudablemente, la joven poseía un *sex-appeal* natural y en aquellas instantáneas se veía tan bella como provocativa.

«¿Eve Vert, el nuevo *love* de Antoine Rolage?», rezaba un pie de una fotografía.

—Malditos periodistas...

Maurice apretó los labios, recordando que él también lo era en parte y comprendía cómo se podían tergiversar las situaciones.

Por otra parte, cada pie de fotografía era una pregunta, un interrogante. Nada aseguraban, por consiguiente no se les podía poner pleito por calumnias.

«¿Eve Vert, la sucesora de la desaparecida Nataly?».

Si aquellas revistas estaban allí era porque obsesionaban a Circe. Por unos instantes estuvo a punto de guardárselas, más se contuvo. Quería dejarlo todo tal cual estaba.

Era obvio que Circe, a través de las revistas frívolas, controlaba la vida amorosa de su Glauco. Y como en la mitología, Glauco prefería a Escila, Escila era su enemiga.

Primero, Escila había sido Nataly, pero desaparecida esta, era Eve quien se convertía en Escila para aquella maldita bruja que allí tenía su guarida.

Se apartó de la mesa de trabajo en la que había varias botellas grandes y garrafas debajo de la mesa. Vio también tres jaulas metálicas con alambre en derredor para que el animal allí encerrado no pudiera lastimar a quién manejara la jaula.

Aquel siniestro sótano era muy espacioso.

Divisó entonces una especie de altar de piedra. En él había varios dibujos, piedras granadas con extraños lemas y una vela en el centro, una vela roja ya casi totalmente consumida.

Con curiosidad, tras haber comprobado que las otras dos estaban escritas, quiso saber lo que allí ponía, más la vela estaba prácticamente consumida y solo pudo leer una letra, la última que quedaba.

—«N»... ¿Qué nombre será? ¡Claro, Nataly, es Nataly!

Temeroso de haber hablado demasiado fuerte, miró hacia lo alto, hacia el agujero por el que penetraba algo de luz, muy poca, puesto que la leñera, a su vez, no tenía más luz que la que entraba por la puerta abierta y viniendo de un cielo invernal y plomizo.

«Será mejor que no le cuente a Eve nada de esto, las mujeres son muy impresionables», se dijo.

A derecha e izquierda del altar vio herramientas o instrumentos de tortura, punzones, ganchos, raspadores de piel.

Pensó en los pobres animales que aquella Circe despellejaría allí, a lo vivo, y sintió angustia.

El sótano le pareció aún más frío, lúgubre, siniestro y sobrecogedor. Si sus piedras pudieran hablar, ¿qué cantidad de sucesos espeluznantes contarían?

Alumbrado por la vela, buscó la puerta que conducía a la casa y tras subir unos peldaños, se encontró con una gruesa puerta de madera reforzada en bronce. Lo mismo que la de la entrada principal, no cedió.

No estaba cerrada con cerrojos, aunque los tenía, sino con llave. Observó la cerradura, tenía un gran agujero. Miró por él, pero nada pudo ver. Al otro lado todo era oscuridad.

—Bueno, creo que ya he visto bastante. Ahora puedo acusarla de bruja y aunque las autoridades no puedan encerrarla por bruja, sí pueden internarla por loca perdida. Es decir, si se demuestra que aquí abajo tortura a los animales para obtener sus pócimas.

Regresó el candelabro de una sola vela a la mesa y apagó la llama. Se dirigió a la soga y llamó:

—¡Eve, Eve!

No obtuvo respuesta. Supuso que estaría en la parte exterior. Se cogió a la soga y gracias a su agilidad, a la fuerza de sus manos y al entrenamiento que a sí mismo se sometía en el gimnasio, al que solía acudir tres veces por, semana, trepó por la cuerda.

Salió por el hueco de la trampilla y volvió a llamar:

—¡Eve, Eve!

Se asomó a la puerta de la leñera y no vio a la joven rubia.

—¡Maldita sea! —masculló—. ¿Dónde se habrá metido?

Jaló de la cuerda, haciendo rodar el polipasto y recogió el gancho. Cerró la trampilla y con la escoba, barrió la hojarasca para disimular la entrada.

Abandonó la leñera, cuidando de cerrar la puerta, aunque la cerradura había quedado rota.

—¡Eve, Eve!

Sin hallar respuesta, anduvo hacia la entrada del caserón, posada en otros tiempos y taberna en su parte baja, que debía de contener habitaciones ocultas, clausuradas desde hacía décadas.

Al llegar a la pequeña explanada que había ante La Chatte Sauvage, descubrió que el coche ya no estaba.

Quedó perplejo y miró hacia la puerta, cerrada con aquella aldaba que era una garra de gato atrapando una cabeza humana. Esta no guardaba la proporción exacta con el volumen de la garra, pero producía la desagradable impresión que se había buscado.

La puerta continuaba cerrada. Llamó con el aldabón y nadie respondió.

—Maldita sea. Le he pedido que se marchara a la gendarmería si ocurría algo, pero no le he dicho que se fuera tan pronto. Ahora, tengo que quedarme aquí hasta que aparezca alguien o echar a andar, y no me extrañaría nada que me rodeara la fría niebla.

Optó por alejarse caminando y al pasar junto a la verja rota, recogió un palo, por si en el camino hacia Vaucouleurs le salía alguno de aquellos perros lobos asilvestrados que merodeaban por la zona.

En efecto, tal como temía, la niebla fue descendiendo. Más, conocía el camino bastante bien y ello evitó que se perdiera, pero la caminata era larga, muy larga.

De no haberse enamorado de Eve, la habría maldecido por aquella jugarreta. Desde La Chatte Sauvage a Vaucouleurs había demasiados kilómetros.

Al fin, llegó al pueblo y se dirigió a la gendarmería. Dos oficiales de la policía le saludaron al penetrar él en el puesto.

—¿Le ocurre algo, *monsieur*?

Sopló, tomó una silla y se sentó.

—Creo que no me vendría mal un trago —suspiró.

Los dos gendarmes se miraron entre sí. El que tenía mayor graduación, cruzó los dedos sobre la mesa y dijo:

—*Monsieur*, creo que se ha equivocado, esto no es una taberna.

—Ya, ya. ¿Ha pasado por aquí mi amiga?

—¿Su amiga, quién es su amiga? —preguntó el gendarme.

—Eve Vert, una joven rubia, muy hermosa.

—Ya, usted se la ha llevado a los bosques y se le ha escapado.

—Algo así.

—Bien, *monsieur*, esperemos que su amiguita no aparezca por aquí y le denuncie a usted por acosos indecentes.

—Vamos, vamos, ella se ha llevado mi coche.

—¿La acusa de robo de automóvil?

—No, no me entienden... —se impacientó—. Yo le he dicho que si me ocurría algo viniera aquí y les avisara a ustedes.

—En ese caso, ya no hay peligro. Usted no se ha perdido, puesto que está aquí.

—Oiga, todo esto les parecerá una tontería, pero vengo desde un siniestro caserón que está en una carretera olvidada que parte de este pueblo y que da a otra carretera comarcal, a través de la cual se puede llegar a la nacional cuatro.

—Todos los bosques tienen casas solitarias y casi siempre abandonadas. A la gente le gusta vivir ahora en las ciudades.

—¡Es que ese caserón no está abandonado! Allí vive una mujer sola y el caserón se llama La Chatte Sauvage.

Los dos gendarmes sonrieron pacientes, como si estuvieran hablando con un niño.

—Le comprendemos, *monsieur*. Usted ha visto a *madame* Circe, ¿no es así?

—Exacto. Bueno, no del todo, no la he visto hoy, pero en otras ocasiones, sí, es decir, en una sola ocasión.

—No se preocupe, *monsieur*. Vaya usted a la taberna más cercana, que está cien metros más abajo, y se toma un coñac doble. Le comprendemos, no es usted el único que se ha asustado al verla. La gente no quiere ir por allá, pero le aseguro que es una viejecita inofensiva.

—¿Una viejecita inofensiva? —repitió con asombro—. Me temo que no estamos hablando de la misma *madame* Circe.

—*Monsieur*, la mujer que vive sola en ese caserón que antiguamente fue taberna y posada y que se llama La Chatte Sauvage, tiene el rostro muy

pero que muy deformado. Está horrible la pobrecita. ¿No es cierto, Gastón?

—Sí, sí, lo es —corroboró su compañero—. Parece que hace muchos años, quizá cuando era joven o durante la guerra, pues no quiere hablar de ello, se quemó la cara en un incendio. Como está tan desfigurada y ofrece un aspecto tan lamentable, no desea ver a nadie y a la gente tampoco le agrada pasar por allí. Además, hay perros lobos asilvestrados que son peligrosos. En verano se van a las montañas, pero ahora, en invierno, bajan adonde pueden encontrar caza. Algunas veces *madame* Circe viene a Vaucouleurs, pero lo hace al atardecer. Compra lo que necesita y luego se va. Ella sabe que a la gente no le agrada verla, hasta han llegado a decir que es una bruja.

—¡Es que es una bruja! —explotó Maurice.

—*Monsieur*, no pretenderá que porque esa viejecita con la cara quemada se le haya aparecido entre la niebla, rodeada de gatos y aullando los perros asilvestrados a lo lejos, vayamos a arrestarla para luego instalar una hoguera en la plaza mayor de la villa y quemarla por bruja. No pretenderás eso, ¿verdad, *monsieur*?

—Conque una dulce ancianita de cara quemada, muy inocentita ella. Oigan, ¿dónde puedo rentar un taxi que me lleve a París?

—París está muy lejos, *monsieur*, le va a costar muy caro —le advirtió el gendarme que estaba en pie.

—Llamen a un taxi, por favor. Yo estaré en la taberna tomándome ese doble de coñac que me han recomendado; creo que lo necesito.

Se puso en pie y abandonó el puesto de la gendarmería.

Todo se confundía más y más en su mente. ¿Habría visto Eve a la viejecita de la cara quemada y habría huido, presa del pánico? Pero ¿por qué no había gritado?

CAPÍTULO VIII

—No, *monsieur* Lafont no está en su habitación —le aclaró el conserje del hotel con aplastante seguridad.

—¿Está seguro? —insistió Maurice Oyat, poniendo unos billetes sobre el mostrador.

—Guárdese su dinero, *monsieur*, no es necesario. Le digo que *monsieur* Lafont ha salido hace horas y no ha regresado aún.

—¿Ha ido a alguna parte?

—No lo sé, *monsieur*, iba acompañado.

—¿Acompañado, de una mujer?

—*Oui*, *monsieur*.

—¿Una joven rubia?

—No, *monsieur*, no era una chica rubia.

—¿Entonces?

—No estoy autorizado a darle más datos, *monsieur*. Si usted fuera de la Súreté sería distinto.

—Oiga, ¿esa mujer es alta, bella, de ojos verdosos, muy morena?

El conserje sonrió.

—No será su esposa, ¿verdad, *monsieur*?

—No, no lo es, pero la conozco.

—¿Su amante, *monsieur*?

—¿Sabe si es la misma que acompañó a *monsieur* Lafont la otra noche, cuando él se puso enfermo?

—Debió de ser una noche muy agitada... *Madame* parece fría, pero no hay que fiarse, *monsieur* Lafont quedó agotadísimo —y suspiró.

Maurice abandonó el hotel, se percataba de que ya no podría sacarle nada más al conserje.

Salió a la calle y tomó un taxi que, a través del frío y negro asfalto de París, le llevó hasta el teatro donde actuaba Rolage.

El local estaba cerrado por «ensayos y cambios de personal en la compañía», según rezaba un rótulo. Respiró hondo. Tenía que encontrar a Rolage. Al ver a un portero vigilando la puerta del teatro, le interpeló:

—Oiga, ¿monsieur Rolage está dentro?

—Sí, *monsieur*, está ensayando, no se puede pasar.

—Soy periodista y tengo que hablar con él.

—No sé si *monsieur* Rolage podrá recibirle ahora.

Unos billetes hicieron cambiar de opinión al portero y Maurice penetró en el teatro.

En el escenario estaban ensayando, pero Rolage no se encontraba allí. Sí vio a Daniel, el barbudo director de la compañía, y tratando de estorbar el mínimo, se acercó y le preguntó en voz baja:

—¿Dónde está Antoine?

—En su camerino. ¿Va a verle?

—Sí.

—Pues explíquele algún chiste, tiene un humor de perros. Está como un niño mimado, al que hubieran contrariado.

—De acuerdo, ya veré qué chiste le cuento.

Se dirigió al corredor donde se ubicaban los camerinos.

Antoine Rolage tenía su nombre en la puerta de uno de ellos, un nombre grande y pintado con florituras, muy propio del carácter vanidoso y barroco del actor.

Empujó la puerta sin llamar previamente y encontró a Rolage como ensimismado con su propia imagen frente a un gran espejo.

—Ah, usted, usted es...

—Maurice Oyat.

—Usted es quien molesta a Eve Vert, ¿no es cierto?

—¿Qué yo la molesto? Oiga, ¿bromea?

—He visto que ella le hace mucho caso. Así no podrá llegar a ser jamás una buena actriz.

—¿Una buena actriz de la mano de usted?

—Pues claro, ¿es qué lo duda?

—Disculpe, no le he entendido bien. ¿Dice que se convertirá en una actriz o en una zorra?

—¡*Monsieur*!

—¿Dónde está Eve?

—No lo sé, no ha venido al ensayo y ahora, márchese, márchese del teatro o haré que lo echen a puntapiés.

—Creo que debería de soltarle otro taco *monsieur* Rolage, pero voy a contenerme, no me gusta llenarme la boca de palabrotas. Y para que eso no suceda, usted va a facilitarme las cosas.

—¿Yo? ¿Quién se ha creído usted qué es?

—¡Esto!

Le dio un puñetazo que lo tumbó en el sofá que solía usar para descansar en los entreactos que nadie lo visitaba.

Frotándose la mandíbula dolorida, Antoine Rolage le miró con odio, pero al parecer no era tan belicoso como podía dar a entender su planta.

—¡Le voy a pedir daños y perjuicios por este golpe, lo demandaré!

—No coja ahora una pataleta, yo sé quién es Circe.

—Circe, ¿qué tiene que ver ella con esto?

—Circe es la bruja que vive en un perdido bosque de Alsacia.

—¡No sé de qué me habla!

—Circe se ha llevado a Lafont, no sé si drogado o hipnotizado, porque se ha ido por su propio pie, acompañándola como un niño obediente.

—Allá él... Mucho premio Goncourt y luego, un indeseable, eso es lo que es, un indeseable que se vende a los dólares americanos.

—¿Y usted qué es, Rolage, dígame, qué es?

—¿Yo, qué voy a ser?

—Se ha vendido a una bruja, usted es Glauco.

—¡No sé de qué me habla, márchese, déjeme en paz!

—No hace mucho he estado en La Chatte Sauvage en compañía de Eve.

—Eve, ¿qué hacía Eve allí?

—Quería conocer personalmente a Circe, de la que *monsieur* Lafont nos había contado cosas espeluznantes.

—¡Bah! imaginaciones de escritor. No tengo tiempo para escucharle, he de ensayar.

Quiso apartarle, pero Maurice le impidió la salida. Amenazante, silabeó:

—Rolage, si no colabora, no va a poder seguir ensayando, porque le voy a romper cada hueso de su cara. Luego, tendrá que pasarse más de un año metido en una clínica de cirugía estética para que lo recompongan como un *puzzle*.

—¡Si hace eso, lo meterán en la cárcel y lo demandaré por varios millones!

—Podrá demandarme por lo que quiera, pero a usted nadie le quitará el tiempo de clínica ni una docena de intervenciones quirúrgicas por lo menos. Oiga, Rolage, además se ha metido usted en un lío gordo. Si le ocurre algo a Lafont, voy a acusarle de cómplice de esa bruja llamada Circe.

—Insisto en que no sé de quién me habla.

Lo cogió por las solapas de la chaqueta y haciendo rechinar los dientes,

mascando sus palabras, le advirtió:

—Eve ha desaparecido en La Chatte Sauvage y mi coche también ha desaparecido allí. He pensado que habría marchado por miedo, pero luego, en París, la he estado buscando en su apartamento, en el mío, en el hotel de Lafont, en la Prefectura de Policía. He llamado a los hospitales y luego he venido hasta aquí. Eve no aparece, por lo que deduzco que está en La Chatte Sauvage. Me han hecho creer que se había ido y habrán escondido el coche cerca de la casa, yo no lo he descubierto, pero me jugaría el cuello a que está allí.

—Pues si cree que su coche está allí, vaya a buscarlo. ¿Qué se lo impide?

—Iremos los dos ahora mismo, Rolage. He estado en el sótano de esa bruja y he visto las velas rojas en las que escribe los nombres de sus víctimas. Ignoro qué clase de conjuros realiza, pero es un peligro, sea bruja o una loca. Si Eve está allí, corre un gran peligro.

—¿Por qué está tan seguro de eso?

—Porque entre las velas, pócimas y demás porquerías putrefactas o en maceración, Circe tiene unas revistas mundanas en las que aparece usted y Eve a su lado. Los pies de las fotos dicen que ella es la sucesora de Nataly, y Nataly ha desaparecido.

Antoine Rolage tragó saliva con dificultad.

—Yo no sé nada.

—Yo, sí que sé. Sé que una vela roja con el nombre de Nataly está casi totalmente consumida y que hay otras velas con los nombres de Lafont y Eve. ¿Va a dejar que esa bruja torture a Eve?

Antoine Rolage respiró hondo; al fin confesó:

—Circe es muy peligrosa. Tiene ojos de gato muy grandes, ojos que hipnotizan, provistos de un extraño poder.

—Pero ¿quién diablos es esa Circe? ¿Una joven, una vieja?

—¿Una vieja? —Rolage rio con sarcasmo—. Seguro que ha estado preguntando en Vaucouleurs.

—Pues sí, en la Prefectura de Policía.

—Cuando yo investigué, me dijeron lo mismo, que era una vieja de rostro horrible, pero yo jamás he llegado a verla en esa forma. Es cierto que en una ocasión, entre la niebla, vi una figura horrible, pero desapareció. Circe ha sido siempre una mujer muy hermosa para mí.

—Si usted la ha conocido muy a fondo, sabrá si es joven o vieja.

—¿Muy a fondo? Ese es un término muy abstracto, muy relativo, pero

si pretende decir que me he acostado con ella, le diré que no. Ella asegura amarme, pero no hay nada más. Dice que le debo amor y que no puedo preferir a otra que no sea ella, pero como Circe no... bueno, ya me entiende, busco lo que necesito en otra parte. Por lo visto, si buscara el amor a escondidas, sin que el nombre de la que ella considera su rival aparezca en parte alguna, está tranquila, pero si la gente habla de que yo amo a otra mujer, esa mujer acaba desapareciendo, siempre ocurre igual.

—¿Y cuántas han desaparecido?

—No me lo haga recordar. Lo cierto es que Circe, a cambio, prometió ayudarme cuando tuviera problemas con alguien y así lo hace.

—Pero utiliza la brujería, ¿no es cierto?

—Solo sé que emplea su sistema y que no me deja intervenir en él más que en la presentación del digamos personaje a tratar. Luego, el contrato queda en mis manos y también el odio eterno de quien me lo ofrece. Yo creo que existen mujeres como Circe y si supiera cuántas personas las temen, se sorprendería. No me refiero a los que organizar esas misas negras que están de moda, eso es puro esnobismo. Una bruja que en Hyde Park, Londres, salta a la comba y lleva a sus hijos al colegio, y en Los Ángeles, otra que es nominada reina de las brujas... Eso son tonterías, esnobismos para desocupados. Circe es diferente, como diferente es un vino de Burdeos de una botella de esas que usted puede comprar por dos francos en la taberna de la esquina.

—En este caso, la calidad es peligrosa.

—Sí, ciertamente, lo es. Y ya estoy harto de la protección de Circe, de esa autoridad que ejerce sobre mí, de ese amor que dice profesarme, de los contratos que me ofrecen mediante el terror. Soy un actor mediocre tirando a malo, ¿lo sabía usted? Fíjese, lo digo hasta sonriendo. Siempre había creído que si llegaba a confesarme tal cosa a mí mismo, delante de un espejo, me pegaría un tiro. Ya lo he dicho y no me he suicidado, debo de, ser un hombre tan vulgar como los demás. La verdad, Maurice, creo que merezco tres cosas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Dejar la profesión, irme a descansar con el dinero que no me falta a algún lugar tranquilo y...

—¿Qué?

—Que usted me dé otro puñetazo en la cara.

—Bueno, Rolage, ya tendrá tiempo de compadecerse a sí mismo, ahora acompáñeme en su coche.

—¿A La Chatte Sauvage?

—Sí.

—No iría ahora allí por nada del mundo. Estoy dispuesto a olvidarme de Circe y esa bruja lee en mis ojos glaucos como ella dice.

—Iremos ahora mismo. Eve está en peligro y si ocurre algo grave, creo que usted descansará en dos partes.

—¿Dos partes? No entiendo.

—Sí, *Madame* Guillotine le cortará el cuello por asesinato.

—No me asusta. Yo no he matado a nadie, no podrá demostrar nada.

—Tengo sospechas, sospechas que estoy seguro usted también tendrá y que no ha querido confirmar porque teme a Circe.

—Es cierto, tengo sospechas y temo a Circe. La temo desde el día en que la conocí y creo que no casualmente, sino por voluntad de ella. Circe me ha conseguido los contratos que le he pedido, lo que no ha podido lograr es que yo sea mejor actor. Está bien, Maurice, vamos a ver si Circe tiene a Eve, pero le juro que después de esto me voy a las Hawái o a la isla de Pascua. Lo que me he negado a aceptar a lo largo de mis años de teatro, ahora, al cansancio y los años que también pesan, me han hecho admitirlo.

—No perdamos tiempo. Eve puede estar en peligro y no podemos acudir a la policía, ya se han reído de mí. Ellos creen que Circe es una pobre y desgraciada ancianita.

En el automóvil de Antoine Rolage, comenzaron a devorar kilómetros por la nacional cuatro en dirección a Nancy. Ambos sabían bien qué desviación debían de tomar, entrados ya en la región de Alsacia, para pasar por Vaucouleurs y desde allí, por la infernal y abandonada carretera, llegar a La Chatte Sauvage.

Mientras, en el sótano del viejo y olvidado caserón, aterida de frío, pues la habían despojado de la gabardina y el jersey, Eve Vert recuperaba el conocimiento.

Se vio en un recinto iluminado por una vela, un lugar que olía mal, muy mal.

Quiso frotarse los ojos y descubrió que tenía las muñecas sujetas a la espalda por unos grilletes que tintinearon al mover las manos. Sus pies desnudos también estaban apresados por los tobillos con grilletes y encadenados a una argolla que sobresalía en el suelo.

Sintió pánico y este se hizo feroz al ver un cuerpo colgado por los pies, un cuerpo cabeza abajo; bamboleándose en el aire, cerca de donde ella estaba. A la luz de las velas, en uno de los movimientos, pudo ver el rostro.

Era *monsieur* Lafont.

Bajo la cabeza, en el suelo, había una garrafa llena, llena de sangre, con una goma que goteaba sobre el piso de piedra...

Eve gritó y gritó hasta que dejó de oírse a sí misma, hasta que su garganta semejó rasgarse.

El cadáver desangrado de Lafont comenzó a subir hasta que desapareció por una trampilla que había en lo alto. Mientras, como un eco de sus gritos, escuchó una carcajada infrahumana, sobrecogedora, satánica.

Eve quedó como helada, sin gritar, sin llorar.

Vio el altar con una vela casi consumida, una vela que había sido roja. Sobre el altar, dentro de una jaula, un gato silvestre la observaba atentamente. De súbito, lanzó un violento y prolongado maullido que fue como una quejumbrosa lamentación del averno.

Como si acabaran de poner en marcha algo dentro del cuerpo femenino, Eve comenzó a tiritar, tan fuertemente, que sus dientes chocaban unos contra otros.

La cuerda con el gancho volvió a descender, ya sin el cuerpo de Lafont.

Pasó un rato y al fin, Eve vio que se abría una puerta de madera y bronce, la puerta de aquel siniestro y maligno sótano.

Entró una vieja alta, de rostro horrible, un rostro que era como una máscara monstruosa que apenas recordaba a un ser humano. Aquel rostro había tenido que retorcerse entre el fuego para quedar en la forma que estaba.

Eve no sabía si tiritaba de pavor o de frío, puesto que la habían dejado con poca ropa, como si la ropa molestara, en especial alrededor del cuello.

—Mi gatito —dijo Circe, cerrando la puerta. Fue hacia el altar y miró la jaula—. A ti te llamaré Lafont...

Sacó una aguja de entre sus ropas, la pasó por los barrotes de la jaula y pinchó a la bestia, que lanzó otro maullido, ahora de dolor. Aquella extraña mujer se rio.

—No creías que yo tuviera poder, ¿eh? Pues te equivocaste, engreído. Te lo advertí, pero no quisiste obedecerme y ahora, tu alma está dentro de un gato y tu cuerpo en un tonel, pudriéndose en la charca helada, como el de Nataly y otros más. Sí, Lafont, en adelante serás uno de mis gatitos. Te llevaré arriba y tendremos largas charlas, pero no te preocupes, no estarás solo, hay más como tú, aunque cada uno en su jaulita, claro está. De lo contrario, como sois tan libidinosos, enseguida a procrear y eso está feo. Ya tengo gatos procreando para proveerme de ellos. Sí, los tengo en una jaula

grande, junto a la charca. Tú has salido de allí, claro que ya no eres como antes. Ahora eres Lafont, tu alma está dentro de este cuerpo. Ese es el castigo de Circe: convertir a las personas en bestias. Homero creyó que en cerdos y otros han supuesto que en distintos anímales, pero tú, eres un gatito y ella será una gatita.

Señaló a Eve, que estaba sentada en el suelo, con los pies sujetos a la argolla.

—¿Quién, quién es usted? Dios mío, está loca, loca...

—¿Loca? —se rio estruendosamente—. Soy Circe, sí, Circe y como Glauco te ha preferido a mí, tengo que castigarte, puesto que Glauco es mío, solo mío.

—¡Yo no conozco a Glauco, déjeme ir! —suplicó Eve.

—No, pequeña, tú conoces a Glauco, tengo revistas que hablan de ti y de él. Ahora, quitaremos a Lafont del altar porque su conjuro ya está hecho. Su espíritu ha abandonado su cuerpo sin sangre. La sangre está ahí, en esa garrafa y él se la irá bebiendo poco a poco, mezclada con leche para que sea más él, para que su espíritu ya no pueda escapar jamás del cuerpo del gato, pues tendrá su propia sangre, tal como manda mi amo y señor Satanás.

Volvió a reírse. Apartó la jaula y tomó otra en la que había una segunda bestia encerrada. Se acercó a Eve, quien sintió un violento rechazo hacia ella.

—Mírala, mírala, es una linda gatita salvaje, la he escogido para ti. Es hermosa, ¿verdad? No es tan horrible como yo, ¿no es cierto?

Y siguió riendo.

—¡No, Dios mío, no, déjeme huir!

—No pronuncies ese nombre aquí abajo o tendré que castigarte. Después de todo, no has de temer, la ceremonia es algo larga, pero no sentirás dolor. Tu sangre saldrá poco a poco de tu cuerpo, para pasar al recipiente que la recibirá debajo de ti, mientras yo hago que tu espíritu pase al cuerpo de esta gatita que llamaré Eve. Será como si te durmieras y al despertar, me verás desde el interior de esta jaula. Luego, tendremos charlas, no muy favorables para ti, querida.

—¡Está loca, loca, suélteme!

—Grita, grita cuanto quieras, aquí abajo nadie va a oírte.

Eve, gritó hasta dejar su garganta sin voz y se convenció de que nadie la oía.

—Algunos campesinos que pasan cerca y oyen gritos, ya no vuelven a

aproximarse a La Chatte Sauvage, son muy supersticiosos.

Y continuó riendo, satisfecha de sí misma. Llevó la jaula con la gatita al altar. Quitó la vela consumida y puso en su lugar otra que llevaba el nombre de Eve Vert.

—No siempre soy tan horrible, querida. Tengo unas mascarillas perfectas, que nadie nota, unas mascarillas que me pongo cuando quiero ir a París. También tengo otra muy especial, fíjate, es la que voy a emplear ahora para la ceremonia de tu trasplante de espíritu.

Eve vio cómo se colocaba algo en su mesa. Cuando Circe se volvió, descubrió algo que la asustó todavía más.

Aquella horrible mujer, mediante su maligna cosmética, se había convertido en una especie de gato. Tenía unos ojos enormes, fosforescentes. Detrás de las pupilas estaban los ojos verdaderos y el resto era falso, pero la impresión era fantástica, lo mismo que los colmillos que mostraba.

Toda ella era un gran gato y tenía la mano derecha como una zarpa postiza que se quitó.

—Ya no parezco la misma, ¿verdad?

Circe tomó el gancho del polipasto y lo pasó por entre los tobillos de la muchacha. Sacó una llave del bolsillo y quitó el candado que la sujetaba a la argolla.

—Ahora tranquila, querida, tú nada puedes hacer, todo depende de mis conjuros y maldiciones y del poder que me otorga el mismo Satán, de quien soy la sierva más devota a través de los siglos. Soy inmortal mientras el fuego no me devore. A lo largo de mi milenaria vida, el fuego ha estado varias veces a punto de terminar conmigo, pero siempre he conseguido escapar. Mi rostro ha sufrido muchas veces la caricia del fuego pero subsiste, no se ha quemado del todo.

Eve vio cómo se marchaba por la puerta. Trató de liberarse del gancho, más no era fácil. Se retorció sobre sí misma, colocando sus manos, que estaban a la espalda, cerca del gancho.

Dobló sus rodillas para liberarse de él, pero cuando estaba a punto de conseguido, escuchó un ruido y la cuerda fue tensándose... Sus pies fueron halados hacia lo alto.

—¡Nooo, suélteme! —gritó.

Solo obtuvo risas por respuesta, mientras quedaba colgada en el aire, cabeza abajo y con las manos sujetas a la espalda, lo mismo que estuviera Lafont.

Circe regresó al sótano y cerró la puerta. Colocó una garrafa bajo la cabeza de Eve y le palmeó la cara.

—Tranquila, ya no te molestarán más los nombres, nunca más. En adelante, serás aquella gatita que está sobre el altar. Mírala bien... Eres hermosa, muy hermosa, pero ella es más ágil que tú.

El «Citroën» de Antoine Rolage arribó frente a la casa, enfocando la puerta con los faros.

Maurice Oyat saltó del vehículo y fue hacia la puerta que halló cerrada. Golpeó con el aldabón sin obtener respuesta.

—Si ella no quiere abrir, no hay fuerza que abra esa puerta —le dijo Rolage, pesimista.

—¿Qué no? ¡Apártese, salga del coche!

Maurice, enfurecido, se acomodó dentro del vehículo. Se sujetó bien con el cinturón de seguridad, puso la marcha atrás y retrocedió hasta la linde del camino.

—Eh, ¿adónde va, qué hace?

Maurice puso el auto en marcha hacia delante. Pisó el gas a fondo y el coche brincó, aceleró y con los focos iluminando la puerta, se dirigió hacia ella.

Rolage se tapó la cara para no ver lo que ocurría.

Sonó un fortísimo golpe y los cristales del automóvil saltaron hechos pedazos. El capó se abrió y el parachoques quedó retorcido.

Maurice sintió que le dolían las piernas, pero en la cara no le había ocurrido nada. Sabía que estando en caliente, todos aquellos dolores se podrían soportar. Tenía tiempo hasta que se enfriasen sus músculos.

Antoine Rolage entró en el caserón, gritando:

—¡Me ha destrozado el coche, se ha roto el motor y está perdiendo gasolina!

—¡Al diablo con su coche! ¿Dónde está la puerta del sótano?

—No lo sé.

—Vamos, Rolage, acompáñeme o lo mato.

—No se enfurezca. ¿No le he traído hasta aquí? ¿por qué iba a dejar de ayudarle ahora? Creó recordar que por detrás de la escalera, hay una puerta que conduce a otra escalera descendente, quizá sea eso lo que busca. Convénzase, yo soy Glauco, el que tiene que estar enamorado de ella, pero a mí no me deja penetrar en sus dominios.

Maurice bajó raudo por la escalera y golpeó la puerta del sótano que no podía abrir.

—¡Circe, abra la puerta!

—¡Maurice, Maurice, sálvame! —gimió Eve.

Maurice escuchó cómo la bruja se reía de Eve y de él. Parecía muy segura, mientras la gata enjaulada maullaba inquieta.

Maurice pegó el ojo a la cerradura y vio a Eve colgando en el aire.

La bruja con cara de gato tenía en su mano una goma con una aguja en su término, como las utilizadas en las transfusiones de sangre.

La goma terminaba dentro de una garrafa. Vio la aguja brillar en la mano de la bruja, que sujetó con una mano el cabello de Eve y luego clavó la aguja en su cuello. Eve gritó.

—¡Maldita sea! —aulló Maurice.

Maurice corrió escaleras arriba. Rolage le salió al paso.

—¿Qué es lo que sucede?

—¡Apártese!

Furioso, lo empujó. Lo que Maurice no vio es que, accidentalmente, Rolage se golpeaba en la cabeza contra el coche y quedaba tendido junto a él.

Maurice rodeó la casa. Sabía que tenía el tiempo contado, que Eve había comenzado a ser desangrada viva...

Llegó a la leñera, cuya puerta solo estaba entornada. Con cuidado, se introdujo en ella y miró hacia ahajo. La trampilla se hallaba abierta, como había supuesto.

Por ella y mediante el polipasto, Circe sacaba a sus víctimas sacrificadas y luego las arrastraba hasta uno de los toneles, donde las introducía. Añadía piedras y cal, claveteaba la tapa y hacía rodar el tonel hasta la charca, donde el cadáver desaparecía.

Cogió la cuerda con sus manos y sin utilizar el polipasto, pues aunque estaba preparado para hacer menos fuerza, resultaba mucho más lento y en aquellos instantes cada segundo era vital.

Haló de la cuerda hacia arriba y cuando Circe se dio cuenta, Eve ya estaba fuera de su alcance.

La sangre de la joven salpicaba en derredor a cada movimiento de los brazos de Maurice, que sacudían su cuerpo.

—¡Maldito, tú también serás gato! —chilló la bruja, con su cara modificada para la ceremonia.

Ya Eve en lo alto, Maurice le quitó la aguja del cuello. La muchacha había perdido sangre pero no demasiada, había llegado a tiempo.

—¡Maurice, sálvame! —gimió.

—Hay que salir de aquí, pero el coche está roto y a ti te hace falta ropa de abrigo.

Se la cargó a la espalda y echó a correr.

Circe, tras abandonar el sótano, apareció con la vela de Eve encendida en la mano, temiendo que el conjuro y la maldición quedaran frustradas. Tenía que ponerse frente a Maurice Oyat, para dominarlo con su poder hipnótico, pero tropezó con el cuerpo caído de Rolage, que se despertó en aquel instante.

—¡Circe!

La vela encendida cayó en el suelo, lleno de gasolina del tanque del automóvil. De inmediato, ambos quedaron inmersos en las llamas retorciéndose lo mismo que los hierros del coche, mientras una densa humareda se metía entre las rejas de las jaulas-toneles, asfixiando a las bestezuelas que no podían escapar de ellas.

Al pasar frente a la casa, Maurice descubrió el accidental incendio. Eve también vio las llamaradas que salían por la puerta y perdió el sentido, no podía resistir más.

Maurice pudo ver a dos cuerpos danzando en medio de las llamas, unas llamas que rasgaron las tinieblas de la noche y ahuyentaron la niebla, como purificando el cielo alsaciano.

Se quitó la chaqueta y envolvió a la joven. Cargado con ella, comenzó a caminar.

De pronto, gracias a la ausencia de la niebla, entre unos árboles descubrió el coche que creía desaparecido.

Minutos más tarde, rodaban hacia París, mientras La Chatte Sauvage seguía ardiendo, sin que nadie se preocupara de apagar el fuego.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 100 Pts

{1} **La gata salvaje.**